Margaret Atwood

Asesinato en la oscuridad

Lectulandia

La literatura es un juego, nos dice Margaret Atwood, un asesinato en la oscuridad, sólo que no estamos seguros de quién es el detective, quién el asesino, quién la víctima. No es fácil distinguir entre verdad y mentira, realidad y ficción, si una autora ha de mentir siempre. ¿O no?

En estos breves divertimentos literarios, Atwood ironiza sobre las estructuras poéticas y míticas de nuestro tiempo y disecciona el comportamiento humano, privado o público, con un humor implacable. Pueblan la página personajes de Shakespeare, populares, de novelas rosa, de acción, de misterio; tramas antiguas, contextos nuevos, temas candentes. Pero bajo su inocua apariencia de comedia, bajo la página, se esconde la inquietante relación de este juego con nuestra realidad cotidiana.

Lectulandia

Margaret Atwood

Asesinato en la oscuridad

ePub r1.0
Titivillus 14.09.2019

Título original: *Good Bones and Simple Murders*
Margaret Atwood, 1983
Traducción: Isabel Carrera Suárez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Rafael Reig

Margaret Atwood (Ontario, 1939) es la escritora canadiense contemporánea más conocida. Ha escrito poesía, ensayo y novelas como El cuento de la criada *(1986),* Ojo de gato *(1989),* Alias Grace *(1996) o* El asesino ciego *(2000), que le han valido reconocimiento internacional. Ésta es una selección de relatos de dos de sus libros:* Murder in the Dark *(1983,* Asesinato en la oscuridad,*) y* Good Bones *(1992*, Buenos huesos*).*

Atwood nos propone este libro como un juego: uno de los jugadores es el asesino; otro, el detective; otro, la víctima. Se apagan las luces, se comete el crimen, el detective cuenta hasta diez, entra en la habitación y vuelve a encender las luces. Puede interrogar a todos, salvo a la víctima; todos tienen que decir la verdad, salvo el asesino. «Puedes decir: el asesino es el escritor, el detective es el lector, la víctima el libro. O quizás, el asesino es el escritor, el detective es el crítico, y la victima es el libro». Un juego peligroso, pues asegura que «una vez jugaron a esto seis personas normales y un poeta, y el poeta intentó de verdad matar a alguien».

Vamos a leer: se apagan las luces. «Recuerda sólo esto, cuando el grito cese al fin y hayas encendido las luces: según las reglas del juego, yo he de mentir siempre. Y ahora, ¿me crees?».

El centro de gravedad de los relatos es la literatura, o más bien, la narración, la trama narrativa sobre la que damos sentido a la experiencia. ¿Para qué se escribe, con qué materiales? ¿Qué narraciones nos contamos para dar argumento a nuestras vidas o para explicar nuestras relaciones sexuales y sentimentales? ¿Qué nos quieren decir los cuentos populares? ¿Por qué, aunque la literatura no sea más que un juego, los poetas intentan matar de verdad a alguien?

Atwood alude a la celebérrima consigna de Marianne Moore: los poetas deben ser capaces de ofrecernos «jardines imaginarios con sapos de verdad

en su interior». No por casualidad Atwood atribuye el copyright *de sus novelas a un anagrama de su nombre: O. W. Toad (sapo, en inglés), y su propia página web es* www.owtoad.com. *poetas, por tanto, juegan el mismo juego, pero de verdad. En «Pan», escribe sobre un trozo de pan, lo «crea» en la página, y concluye con la misma pregunta que en el juego: «No cabe duda de que ves el pan, hasta lo hueles (…), pero ¿puedes fiarte de él? ¿Puedes comértelo?». ¿Es de verdad el sapo? Preferirías no saberlo, preferirías no hacerte esa pregunta, asegura Atwood.*

Entre la verdad y la mentira, entre el silencio y la voz, hay un intervalo que es donde tienen lugar estos cuentos: como la raya de luz bajo una puerta cerrada, quieres y no quieres saber lo que hay al otro lado. «En la fisura entre deseo y acción, sustantivo y verbo, querer y tener, nace la compasión». («Territorio extranjero»). A esta colección se le ha achacado un excesivo carácter experimental, lo que leemos no son cuentos ni poemas en prosa: parecen esquirlas, fragmentos de un cuerpo hecho pedazos, descoyuntado, descuartizado en busca de esos intersticios entre ficción y realidad, entre el dolor y el grito. «Cómo nos gustan los hombres» está protagonizado por pies masculinos, «Enamorada de Raymond Chandler» se dedica por entero a los muebles; «Simples asesinatos», igual que «Finales felices» o el espectacular «Escenas de muerte», hace añicos el concepto de argumento; y «Érase una vez» cercena un relato popular, boicoteando desde dentro una y otra vez su continuación, hasta que lo reduce a una sola palabra. Atwood descuartiza aquí su propia literatura y la noción misma de literatura, pero también las narraciones sobre cuya trama vivimos: los relatos biográficos, sexuales o sociales que nos contamos, la gramática de nuestra imaginación, a menudo a través del desquiciamiento de los cuentos tradicionales. Sin embargo, el experimento no es gratuito: si a menudo la literatura impone un argumento a lo que no lo tiene (esta vida nuestra), Atwood pretende lo contrario: deshilvanar aquello que se nos presenta como relato ya cosido, la trama misma de la vida y de la narración.

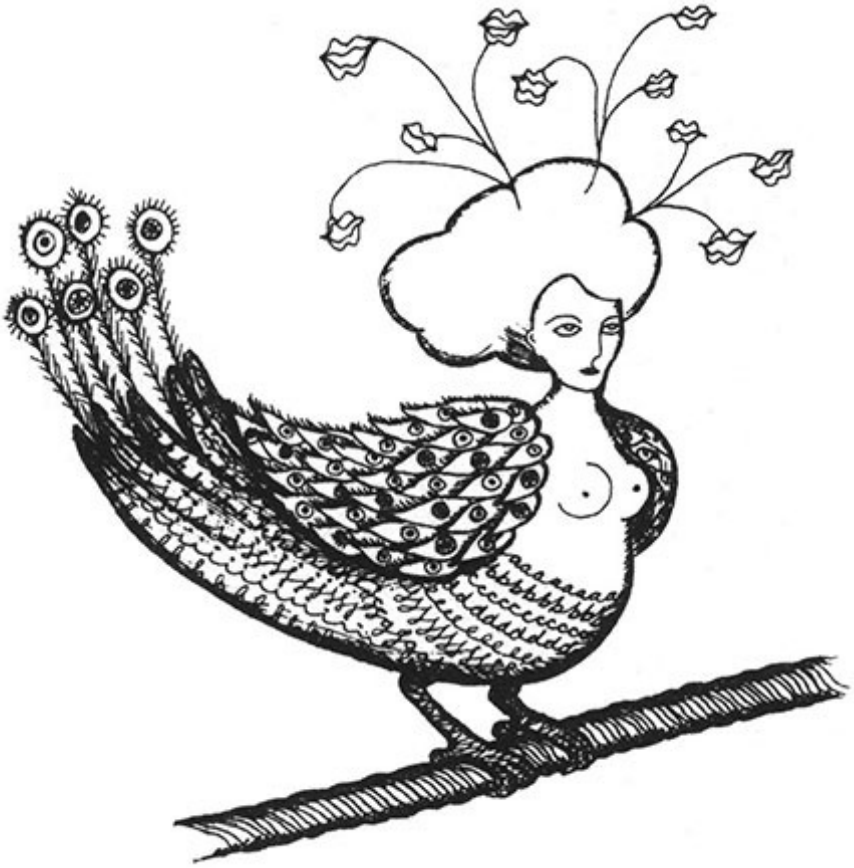
A menudo se dice que los escritores persiguen imágenes. Creo que Javier Azpeitia tiene razón, es todo lo contrario: los poetas no buscan, sino que huyen de imágenes terribles, escriben para intentar escapar de esas imágenes que les persiguen y que no comprenden. Afirma Azpeitia: «Si luego descuartizamos sus historias nos encontraremos las imágenes terribles de las que huyen, cuya relación con nosotros mismos no comprendemos». Eso es precisamente lo que hace aquí Atwood: descuartizar historias para que de ellas emerja una imagen terrible. En su novela Resurgir *(1972), la*

protagonista recuerda que, de niña, ella y su hermano jugaban al escondite con su padre. Ambos sentían miedo, «incluso cuando sabíamos detrás de qué árbol estaba, siempre existía el temor de que quien apareciese cuando nos acercáramos fuera otra persona». Ese miedo perturbador, ese intervalo de duda (¿y si, en lugar de mi padre, mi padre es otra persona, otra cosa?) es el que evoca Atwood, el centro nervioso de su escritura. ¿Y si el ser más querido —el padre, la madre, los amantes, los hijos— en realidad es otro, otra cosa? ¿Pero acaso el ser más querido no es con frecuencia uno mismo? «Cuidado, obsérvate. Para eso son los espejos, y ésta es una historia de espejo, que rima con historia de miedo, casi, pero no del todo», nos advierte en «Iconografía».

A primera vista, los relatos parecen fragmentos flotantes, pecios de un cuerpo mutilado, torsos a la deriva. Lo cierto es que están anclados al fondo, como boyas que indican un sitio peligroso o un objeto sumergido: «La pregunta sobre la página es: ¿qué hay debajo?». («La página»).

¿Por qué Marianne Moore, en su famoso poema, escogió un sapo? Podría haber usado una rosa, como eligió Gil de Biedma con sus «rosas de papel». La diferencia es que una rosa es una rosa es una rosa, en cambio un sapo siempre puede ser algo muy diferente (incluso un príncipe encantado): es un umbral mágico, una puerta que se abre a otra realidad desconocida. El sapo «de verdad», el poeta que, en el juego, intenta matar «de verdad», nos hace la misma pregunta: ¿me crees? Si me crees, entonces bésame. ¿Preferiríamos no hacernos la pregunta?

Apaguemos las luces y leamos: «En cualquier caso, ahí estoy yo en la oscuridad. Tengo designios sobre ti, estoy planeando mi crimen siniestro, mis manos avanzan hacia tu garganta»… Al volver a encender la luz, ¿quién dice la verdad? ¿Cuál es esa «imagen terrible» que preferiríamos no haber visto y de la que tendremos que escapar?



Asesinato en la oscuridad

Sólo he jugado a esto dos veces. La primera tenía diez años, y estábamos en un sótano, el sótano de una casa muy grande, que pertenecía a los padres de una niña llamada Louise. Había una mesa de billar, pero nadie tenía la menor idea de jugar al billar. Había también una pianola. Después de un rato nos cansamos de pasar los rollos de música por la pianola y de observar las teclas subir y bajar solas como en una película de miedo justo antes de aparecer el cadáver. Yo estaba enamorada de un niño llamado Bill, que estaba enamorado de Louise. El otro niño, cuyo nombre no recuerdo, estaba enamorado de mí. Nadie sabía de quién estaba enamorada Louise.

Así que apagamos las luces del sótano y jugamos a *Asesinato en la oscuridad*, lo cual ofrecía a los chicos el placer de rodear las gargantas de las chicas con las manos, y a las chicas el placer de gritar. La emoción era casi insostenible, pero afortunadamente volvieron a casa los padres de Louise y nos preguntaron qué nos creíamos que era aquello.

La segunda vez que jugué fue con personas mayores; no fue tan divertido, aunque sí más complejo intelectualmente.

He oído que una vez jugaron a esto en su casa de verano seis personas normales y un poeta, y el poeta intentó de verdad matar a alguien. Se lo impidió la intervención de un perro, que era incapaz de distinguir entre fantasía y realidad. La cuestión con este juego es que hay que saber parar.

Se juega así:

Doblas unos papeles y los pones en un sombrero, en un cuenco, o en el centro de la mesa. Cada participante escoge uno. Si te toca la x eres el detective, si te toca el punto negro, el asesino. El detective sale de la sala y se apagan las luces. Todo el mundo deambula en la oscuridad hasta que el asesino elige víctima. Puede susurrarle *Estás muerta*, o puede deslizarle las manos alrededor del cuello y darle un apretón, en broma pero enérgico. La

víctima grita y cae al suelo. Entonces todo el mundo se queda quieto salvo el asesino, quien naturalmente no quiere que le encuentren junto al cadáver. El detective cuenta hasta diez, enciende las luces, y entra en la sala. Puede interrogar a todos menos a la víctima, que no está autorizada a responder, puesto que está muerta. El asesino debe mentir.

Si quieres, puedes jugar con este juego. Puedes decir: el asesino es el escritor, el detective es el lector, la víctima el libro. O quizás, el asesino es el escritor, el detective es el crítico, y la víctima es el lector. En este caso, el libro sería la puesta en escena total, incluida la lámpara tirada en el suelo, rota en un traspiés. Pero en realidad es más divertido el juego en sí.

En cualquier caso, ahí estoy yo en la oscuridad. Tengo designios sobre ti, estoy planeando mi crimen siniestro, mis manos avanzan hacia tu garganta o quizás, por error, tu muslo. Oyes mis pasos que se acercan, llevo botas y tengo un cuchillo, o quizás es un revólver con culata de nácar, en todo caso llevo botas de suela muy suave, ves el fulgor cinematográfico de mi cigarrillo, creciendo y menguando en la neblina de la habitación, la calle, la habitación, aunque yo no fumo. Recuerda sólo esto, cuando el grito cese al fin y hayas encendido las luces: según las reglas del juego, yo he de mentir siempre.

Y ahora: ¿me crees?

Malas noticias

Los geranios rojos fluoresciendo en la terraza, el viento meciendo las margaritas, los ojos lactantes del bebé enfocando por vez primera una doble fila de dientes amados: ¿qué hay que comunicar? La ausencia de sangre la adormece. Se posa en un tejado, las alas de bronce plegadas, la cabeza, con su tocado de serpientes literatas, bajo la izquierda, sesteando como una paloma diurna. Nada que atender salvo las uñas de los pies. El sol se derrama en el cielo, las brisas ondulan sobre su piel como cálidas medias de seda, su corazón late con la sístole y diástole de las olas al romperse, el aburrimiento la va invadiendo cual hiedra trepadora.

Sabe lo que quiere: un suceso, es decir, un desliz del cuchillo, la caída de una copa de vino o de una bomba, algo roto. Un poco de ácido, un poco de maledicencia, un poco de megamuerte *high-tech*, algo punzante que la despierte. Ahora bien: haz pasar un tanque por encima de los geranios, eleva el viento a huracán y que las cabezas arrancadas de las margaritas atraviesen el aire como balas, tira al bebé desde el balcón y observa a la madre hacer el salto del tigre tras él, con el cabello enmarañado a lo Ofelia y gritos enajenados.

El reventón de sandía, la salpicadura color tomate, ¡eso sí es digno de contar! Ahora está despierta, olisquea el aire, tiene las alas desplegadas para el vuelo. Está hambrienta, está sobre la pista, aúlla como una sirena y acapara toda tu atención.

La falta de noticias es una buena noticia, todo el mundo lo sabe. Tú también lo sabes, y te gusta que sea así. Cuando te sientes mal, ella araña los cristales de tu ventana y la dejas entrar. *Mejor ellos que tú*, te susurra al oído. Te acomodas en tu sillón, plegando el periódico crepitante.

Chicas poco apreciadas

1.

A todo el mundo le llega el momento, y ahora me toca a mí. Eso nos contaban en el jardín de infancia. Pero no es verdad. A algunas les toca muchas más veces que a otras, y a mí no me ha tocado nunca, ¡ni una vez! Casi no sé decir yo, ni mío, de tanto tiempo que llevo siendo *ella*, *esa*.

No me han dado un nombre; siempre he sido la *hermanafea*; con el acento en *fea*. La que miraban las otras madres, para luego desviar la vista y menear la cabeza suavemente. Sus voces bajaban de tono o se apagaban por completo cuando yo entraba en la sala, con mis vestiditos, y mi expresión hosca y ceñuda. Intentaban encontrar algo que decir para salvar la situación. —*Desde luego, tiene mucha garra*— pero sabían que era inútil. Yo también lo sabía.

¿Crees que no aborrecía su compasión, su amabilidad forzada? Sabiendo que por mucho que hiciera, por virtuosa o trabajadora que fuera, nunca sería hermosa. No como la otra, la que sólo tenía que sentarse allí a esperar que la adorasen. ¿Te extraña que yo les sacase los ojos azules a las muñecas y les arrancase el pelo hasta dejarlas calvas? La vida no es justa, ¿por qué he de serlo yo?

En cuanto al príncipe, ¿piensas que yo no le quería? Le quería más que ella; le quería más que a nada. Tanto que me corté el pie. Tanto como para matar. Por supuesto que me disfracé tras tupidos velos, para ocupar su puesto ante el altar. Por supuesto que la tiré por la ventana y me cubrí con las sábanas y me hice pasar por ella. Y quién no lo hubiera hecho, en mi lugar.

Pero mi amor nunca logró más que un final trágico. Zapatos incandescentes, barriles cosidos de clavos. Eso es lo que se siente en el amor no correspondido.

Ella, además, tuvo un hijo. A mí no se me permitió.

Todo lo que tú has deseado lo he deseado yo.

2.

Una demanda judicial, eso estoy considerando. Y terminar con estas tonterías. Sólo porque soy vieja y vivo sola y no veo muy bien, me acusan de todo tipo de males. De cocinar y comerme a los niños, ¿te lo puedes imaginar? Menuda fantasía, y además, aunque me hubiera comido unos cuantos, ¿quién habría tenido la culpa? A esos niños los abandonaron en el bosque sus padres, con toda la intención de que se murieran. Y quien no derrocha, no pasa hambre, siempre lo he dicho.

Además, tal como lo veo yo, eran una ofrenda. Antes me donaban personas mayores, hombres y mujeres, rellenos de viandas frescas y entregados en períodos de siembra y cosecha. El simbolismo sería algo crudo, y los actos —dirán algunos— de mal gusto, pero la gente tenía el corazón en su sitio. A cambio, yo hacía que las cosas germinasen y creciesen y se hinchasen y madurasen.

Luego me escondieron, me encerraron en el desván, encogida y reseca y envuelta en pañerías rancias. Demonios, ¡pero si yo tenía pechos! No sólo dos. Muchos. ¿Te has preguntado por qué el tercer pezón fue una prueba crucial, antiguamente, para mujeres como yo?

¿O por qué me pintan tantas veces en un huerto? ¿Un huerto maravilloso, donde crecen frutos suculentos? Moras. Repollos mágicos. Rapunzel (o lo que sea). Y todas esas mujeres embarazadas intentando saltar la tapia, a la luz de la luna, para engullir mi fecundidad, sin ofrecer nada a cambio. Robar, lo llamarías, si tuvieras una mente mínimamente abierta.

Las cosas no eran así en los viejos tiempos. La vida era un don, no algo que se roba. Era mi don. Por tierra y mar lo otorgaba, y el pueblo me lo agradecía.

3.

Es verdad, nunca hay padrastros malignos. Sólo un montón de viudos pusilánimes, que me permiten cualquier vileza frente a sus hijas. ¿Dónde están cuando esclavizo a esas chicas en la cocina, o las mando salir en plena tormenta con vestiditos de papel? Trabajando tarde en la oficina. Echando la

culpa a los demás. ¡Hombres! Pero si te crees que no estaban enterados, estás loca.

Lo malo de estas hijas buenas es que son tan *buenas*. Obedientes y pasivas. Lloricas, debo añadir. Sin agallas. ¿Qué sería de ellas si no fuera por mí? Nada, te lo digo yo. No harían más que trabajo doméstico, que parece figurar abundantemente en estos cuentos. Se casarían con un campesino, tendrían diecisiete niños y *Amante esposa* grabado en la lápida, si llegan a tenerla. Gran cosa.

Yo armo revuelo, muevo las cosas. *Vete a jugar a la autopista*, les digo. *Ponte este vestido de papel y vete a buscar fresas en la nieve*. Es perverso, pero funciona. Sólo tienen que sonreír y decir hola y hacer un poco más de trabajo doméstico, para unos gnomos o unas damas encantadoras o quien sea, y hale, atrapan al hijo del rey y el palacio, y adiós a las manos ajadas de tanto fregar.

Y sin embargo no recibo más que críticas.

Dios sabe de todo esto. Sin Demonio, no hay Caída, ni Redención. Simple como la regla de tres.

Puedes pisotearme, tergiversar mis motivos cuanto quieras, puedes aplastarme con ruedas de molino y ahogarme en el río, pero no puedes sacarme del cuento. Yo soy la trama, cariño, que no se te olvide nunca.

La gallina Marcelina lo cuenta todo

¡Ahora todo el mundo quiere entrar en el reparto! ¡Todos! No sólo el gato, el cerdo y el perro. También el caballo, la vaca, el rinoceronte, el orangután, el sapo cornudo, el wombat, el ornitorrinco y todo bicho viviente. Ya no hay paz, y todo por el maldito pan.

No es fácil ser gallina.

Ya conocerás mi historia. Probablemente te la contaron como un ejemplo preclaro de cómo debías comportarte tú. Sobriedad y muchos codos. Hazlo tú misma. Luego invierte el capital. Luego recoge beneficios. ¿Yo, un ejemplo de *eso*? No me hagas reír.

Encontré el grano de trigo, vale. ¿Y qué? Hay muchos granos de trigo por ahí. Cualquiera que no aparte los ojos de la rueda del molino encuentra un grano de trigo, tú también. Yo vi uno y lo recogí. ¿Qué tiene de malo? El que halla, guarda, y el que guarda, halla. La ocasión la pintan calva.

¿Quién me siembra este grano de trigo?, pregunté. *¿Quién? ¿Quién?* Parecía un maldito loro.

Yo no, yo no, contestaron todos. *Pues lo haré yo misma*, respondí, como le dijo la monja al vibrador. Nadie me estaba escuchando, claro. Se habían ido todos a la playa.

No creas que no me dolió, todo ese rechazo. Meditando en mi nido de paja, lloré lágrimas de gallina Marcelina. Lágrimas de sangre de gallina. Ya sabes la pinta que tiene, habrás comido bastante, hace un buen caldo.

Así que ¿qué opciones tenía? Podría haber comido el grano de trigo allí mismo. Me habría hecho un favor alimenticio. Pero lo sembré. Lo regué. Lo vigilé día y noche con mi cuerpecito emplumado.

Y creció. ¿Por qué no? Y produjo más granos de trigo. Y también los planté. Y los regué. Y los molí para harina. Y finalmente tuve suficiente para un pan. Y lo cocí al horno. Habrás visto los dibujos, yo ahí con mi delantalito de gallinita, sujetando el pan, con su plumilla de aroma, entre las puntas de las alas y echando sonrisas. Sonrío en todos los dibujos, todo lo que se puede sonreír con un pico. Siempre que decían *yo no*, sonreía. Nunca me enfadaba.

¿Quién me ayudará, a comer este pan?, pregunté entonces. Yo *te ayudaré*, dijeron el gato y el perro y el cerdo. Yo *te ayudaré*, dijo el antílope. Yo *te ayudaré*, dijo el yak. *Yo te ayudaré*, dijo el escinco de estrías quíntuples. *Yo te ayudaré*, dijo la ladilla. Y lo decían de verdad. Me extendían patas, pezuñas, lenguas, garras, mandíbulas, colas prensiles. Se les caía la baba mirándome. Aullaban. Metían solicitudes en el buzón de mi casa. Se deprimieron. Me acusaron de egoísta. Desarrollaron síntomas. Amenazaron con suicidarse. Dijeron que era culpa mía, por tener un pan cuando ellos no tenían. Todos y cada uno, según parece, necesitaban ese pan más que yo.

Puedes hacer más, me dijeron.

¿Y entonces qué? Ya sé lo que dice el cuento, lo que dicen que contesté: *Lo comeré yo sola, así que a tomar por el trasero*. No te creas ni una palabra. Como he dejado claro, soy una gallina, no un gallo.

Aquí tenéis, respondí. *Pido perdón por habérseme ocurrido la idea. Pido perdón por la suerte. Pido perdón por la autonegación. Pido perdón por ser buena cocinera. Pido perdón por el chiste de las monjas. Pido perdón por el chiste de los gallos. Pido perdón por sonreír, con mi delantalito de gallina autosuficiente, con mi pico de gallinita autosuficiente. Pido perdón por ser una gallina*.

Comed más.

Comed mi parte.

Gertrudis responde

Siempre supe que había sido un error, llamarte Hamlet. La verdad, menudo nombre para un niño pequeño. Fue idea de tu padre. No hubo nada que hacer, tenías que llamarte como él. Puro egoísmo. Los otros chicos del colegio te tenían martirizado con el tema. ¡Todos esos motes! Y aquellos chistes malísimos, que si el jamón, que si el jamar.

Yo quería llamarte Jorge.

No estoy retorciéndome las manos. Estoy secándome las uñas.

Cariño, por favor, deja de jugar con mi espejo. Es el tercero que rompes.

Sí, ya he visto esos retratos, muchas gracias.

Sí, ya sé que tu padre era más apuesto que Claudio. Frente ancha, nariz aguileña, etcétera, muy buena planta de uniforme. Pero la belleza no lo es todo, especialmente en un hombre, y lejos de mi intención hablar mal de los muertos, pero creo que va siendo hora de que te haga ver que tu padre no era exactamente el alma de las fiestas. Noble sí, no lo niego. Pero a Claudio, en fin, no le molesta tomarse una copita de vez en cuando. Sabe apreciar una buena comida. Sabe reírse, ¿me entiendes? No tiene una que andar siempre de puntillas por culpa de algún principio más sagrado que vos, o asunto similar.

Por cierto, cariño, podrías dejar de llamar a tu padrastro *el hinchado rey*. Es verdad que tiene un ligero problema de peso, y le duele lo que dices.

¿El pútrido sudor de *qué*? ¡Mi cama no es ningún *lecho grasiento*, si es eso lo que has dicho! ¡Conque una hedionda pocilga! No es que sea asunto tuyo, pero cambio esas sábanas dos veces por semana, que es más de lo que se puede decir de ti, a juzgar por el cuchitril de ese barrio de estudiantes de Wittenberg. ¡Desde luego no pienso volver a visitarte en ese sitio sin avisarte con tiempo! Ya veo la ropa que traes a lavar a casa, y no con mucha frecuencia, por cierto. Sólo cuando ya no te quedan calcetines negros.

Y permíteme que te diga que todos sudamos en momentos así, como sin duda descubrirías si se te ocurriese probar. Lo que a ti te hace falta es una novia de verdad. No esa paliducha, como se llame, toda apuntalada como un pavo de primera, con esos corsés de mírame y no me toques. Si quieres mi opinión, esa chica tiene algo de ida. Como si estuviera al borde. Cualquier susto de nada la lanzaría al abismo.

Búscate otra menos remilgada y llévatela al huerto. Luego ven a contarme eso de la hedionda pocilga.

No, cariño, no es que esté enfadada contigo. Pero déjame decirte que a veces eres un mojigato terrible. Igual que tu padre. *La Carne*, decía él. Ni que fuera caca de perro. Se disculpa en los jóvenes, que son siempre tan intolerantes, pero en alguien de su edad estaba empezando a ser, en fin, difícil de aguantar, por ponerlo más que discretamente.

Hay días que pienso que habría sido mejor para los dos si tú no fueras hijo único. Aunque ya te habrás percatado de a quién debes ese favor. No tienes ni idea de lo que tuve que aguantar. Y cada vez que me apetecía un poco, bueno, ya sabes, para dar calor a estos huesos envejecidos, era como si mencionase un crimen.

¿Cómo? ¿Que crees qué? ¿Crees que Claudio mató a tu padre? ¡Claro, por eso estuviste tan grosero con él en la comida!

Si lo hubiera sabido, te hubiera aclarado las cosas inmediatamente.

No fue Claudio, cariño. Fui yo.

Érase una vez

—Érase una vez una niña pobre, tan bella como buena, que vivía con su malvada madrastra en una casa en el bosque.

—¿Bosque? Eso del *bosque* es historia, ya está bien, estoy hasta arriba de ese rollo de la naturaleza. No es una imagen adecuada de nuestra sociedad. Vamos con algo *urbano*, para variar.

—Érase una vez una niña pobre, tan bella como buena, que vivía con su malvada madrastra en una casa en las afueras.

—Eso está mejor. Pero tengo que cuestionar seriamente eso de *pobre*.

—¡Pero es que era pobre!

—Lo de pobre es relativo. Vivía en una casa, ¿no?

—Sí.

—Entonces, socioeconómicamente hablando, no era pobre.

—¡Pero el dinero no era suyo! Precisamente la historia cuenta que la malvada madrastra la hace vestirse de harapos y dormir junto a la chimenea—

—¡Ajá! ¡Tenían *chimenea*! Cuando se es *pobre*, perdona que te lo diga, no hay chimenea. Ven conmigo al parque, ven a las estaciones de metro por la noche, ven a donde duermen en cajas de cartón, y luego háblame de *pobreza*.

—Érase una vez una niña de clase media, tan bella como buena—

—Quieta ahí un momento. Creo que podemos cortar lo de *bella*, ¿no? Las mujeres de hoy tienen que soportar ya bastantes modelos físicos intimidantes, con todas esas barbis en los anuncios. ¿No puedes hacerla… bueno, más corrientita?

—Érase una vez una niña con un ligero sobrepeso y dientes saltones, que —

—No tiene gracia reírse de los defectos físicos. Además, estás fomentando la anorexia.

—¡No estaba riéndome de nadie! Estaba describiendo.

—Sáltate la descripción. La descripción oprime. Pero puedes decir de qué color era.

—¿De qué color?

—Ya sabes. Negra, blanca, roja, morena, amarilla. Ésas son las opciones. Y te lo advierto, estoy harta del blanco. La cultura dominante tal, la cultura dominante cual—

—No sé de qué color era.

—Pues será el tuyo, ¿no?

—¡Pero si el cuento no tiene nada que ver conmigo! Es sobre una chica—

—Todo tiene que ver contigo.

—Me parece a mí que tú no quieres oír este cuento.

—Bueno, anda, sigue. Puedes hacerla étnica. A lo mejor ayuda.

—Érase una vez una niña de ascendencia indefinida, tan corrientita como buena, que vivía con su malvada…

—Y otra cosa. *Buena y malvada*. ¿No crees que debes trascender esos epítetos puritanos, críticos y moralistas? Al fin y al cabo, casi todo es cuestión de condicionamiento social, ¿no?

—Érase una vez una niña, tan corrientita como bien socializada, que vivía con su madrastra, quien no era una persona muy abierta ni cariñosa porque ella misma había sido maltratada en la infancia.

—Mejor. ¡Pero estoy tan *harta* de imágenes femeninas negativas! Y las madrastras… siempre les toca todo. Cámbialo a *padrastro*, anda. Además, tendría más sentido, teniendo en cuenta el mal comportamiento que estás a punto de describir. Y mete unos cuantos látigos y cadenas. Ya se sabe cómo son esos hombres de mediana edad, retorcidos, reprimidos—

—*¡Eh, un momento!* Yo *soy un hombre de mediana edad*.

—Tú piérdete, metomentodo. Nadie te dio permiso para meter el remo, o como quiera que llames a esa cosa. Éste es un asunto entre nosotras. Sigue.

—Érase una vez una niña.

—¿De qué edad?

—No sé. Era joven.

—Esto termina en boda, ¿no?

—Bueno, no quería estropear el final, pero sí.

—Entonces puedes ir tachando esa terminología condescendiente y paternalista. Es una *mujer*, colega. *Mujer*.

—Érase una vez…

—¿Qué es esto de *érase*, y *una vez*? Basta del pasado muerto. Cuéntame algo *actual*. Y además, érase ¿dónde?

—¿Dónde? Pues… no sé, en un país lejano.
—¿Por qué?
—¿Por qué qué?
—¿Por qué no aquí?

Novelas de mujeres

Para Lenore

1. Las novelas de hombres hablan de hombres. Las novelas de mujeres hablan de hombres también, pero con una perspectiva distinta. Puede haber una novela de hombres sin que aparezcan mujeres salvo quizás la patrona o la yegua, pero no hay novelas de mujeres en que no aparezcan hombres. A veces los hombres incluyen mujeres en novelas de hombres, pero dejan fuera alguna parte: la cabeza, por ejemplo, o las manos. Las novelas de mujeres también dejan fuera algunas partes masculinas. A veces es la zona comprendida entre el ombligo y las rodillas, y otras es el sentido del humor. Es difícil tener sentido del humor ataviado con una capa, en medio de un páramo, con viento huracanado.

   Las mujeres por lo general no escriben novelas de las que agradan a los hombres, pero es sabido que los hombres escriben novelas de las que agradan a las mujeres. Alguna gente encuentra esto peculiar.

2. A mí me gusta leer novelas en las que la heroína lleva un vestido de época que hace frufrú discretamente sobre sus senos, o senos discretos que hacen frufrú bajo el vestido; en todo caso tiene que haber un vestido de época, senos, frufrú, y sobre todo, discreción. Discreción por encima de todo, como una niebla, un miasma a través del cual los perfiles de las cosas aparecen apenas insinuados. Un atisbo de rosa en la penumbra, el sonido de la respiración, satén que se cae deslizándose al suelo, ¿revelando qué? No te importe, te digo. Nunca te importe.

3. Los hombres prefieren héroes duros y despiadados: duros con los hombres, despiadados con las mujeres. A veces el héroe se ablanda ante una mujer,

pero esto es siempre un error. Las mujeres no prefieren heroínas duras y despiadadas. Tienen que ser duras y blandas. Esto conlleva problemas lingüísticos. La última vez que los vimos, los monosílabos eran masculinos, aún dominantes, aunque hundiéndose rápidamente, atrapados en los brazos pulpoides de polisílabos labiales, que les susurraban con encanto aracnoide: *cariño, cariño*.

4. Las novelas de hombres hablan de cómo llegar al poder. Matar y esas cosas, o ganar y esas cosas. Las novelas de mujeres también, aunque el método es distinto. En las novelas de hombres, el acceso a la mujer o mujeres va incluido en el acceso al poder. Es una propina, no un medio. En las novelas de mujeres alcanzas el poder consiguiendo a un hombre. El hombre es el poder. Pero el sexo no basta, tiene que *amarte*. ¿A qué crees que viene tanta rodilla en tierra, al pie del miriñaque, sobre la alfombra persa? O al menos decirlo. Cuando falla todo lo demás, puede bastar la verbalización. *Amor*. Vale, ya puedes ponerte de pie. ¿Ves como no te has muerto? ¿O sí?

5. Yo ya no quiero leer nada triste. Nada violento, nada inquietante, nada incómodo. No quiero funerales al final, aunque no me importan por el medio. Si hay muertes, que haya resurrecciones, o por lo menos un Cielo, para que sepamos a qué atenernos. La depresión y la miseria son para los que tienen menos de veinticinco años, pueden con ello, hasta les gusta, les queda tiempo suficiente. Pero la vida real no es buena para la salud, la tocas con las manos mucho tiempo y te salen granos y se te debilita la mente. Te quedas ciega.

   Yo quiero felicidad garantizada, alegría por todos lados, portadas con fotos de enfermeras o novias, chicas inteligentes pero no demasiado, con dientes perfectos y mucha energía y con ambos pechos del mismo tamaño y sin exceso de vello facial, alguien de quien te puedas fiar para saber dónde están las vendas y que convierta al héroe, ese libertino o asesino en potencia, en un caballero rural bien vestido, de uñas limpias y vocabulario apropiado. *Siempre*, tiene que decir, *eternamente*. Quiero que me acaricien entre los ojos, en un solo sentido.

6. Alguna gente cree que una novela de mujeres es cualquier cosa que no contenga política. Algunos piensan que es cualquier cosa que hable de relaciones personales. Algunos piensan que es cualquier cosa que

contenga muchas operaciones, operaciones médicas, quiero decir. Algunos creen que es cualquier cosa que no te dé una perspectiva amplia y panorámica de nuestra fascinante época. Yo, bueno, yo sólo quiero algo que puedas dejar en la mesa del salón sin preocuparte mucho de si la leen los niños. ¿Crees que esto no es algo a tener en cuenta? Te equivocas.

7. *Tenía los ojos sobresaltados de un pájaro del bosque*. Éste es el tipo de frase que me vuelve loca. Me gustaría poder escribir frases así, sin que me diera vergüenza. Me gustaría leerlas sin que me diera vergüenza. Si pudiera hacer esas dos cosas, pienso, podría pasar el tiempo que me toca en esta tierra como una perla envuelta en terciopelo.

   Tenía los ojos sobresaltados de un pájaro del bosque. Ah, pero ¿cuál? ¿Una lechuza común, quizás, un cuco? Es que es distinto. No hacen falta más literalistas de la imaginación. No saben leer *un cuerpo como el de una gacela* sin pensar en parásitos intestinales, zoos y olores.

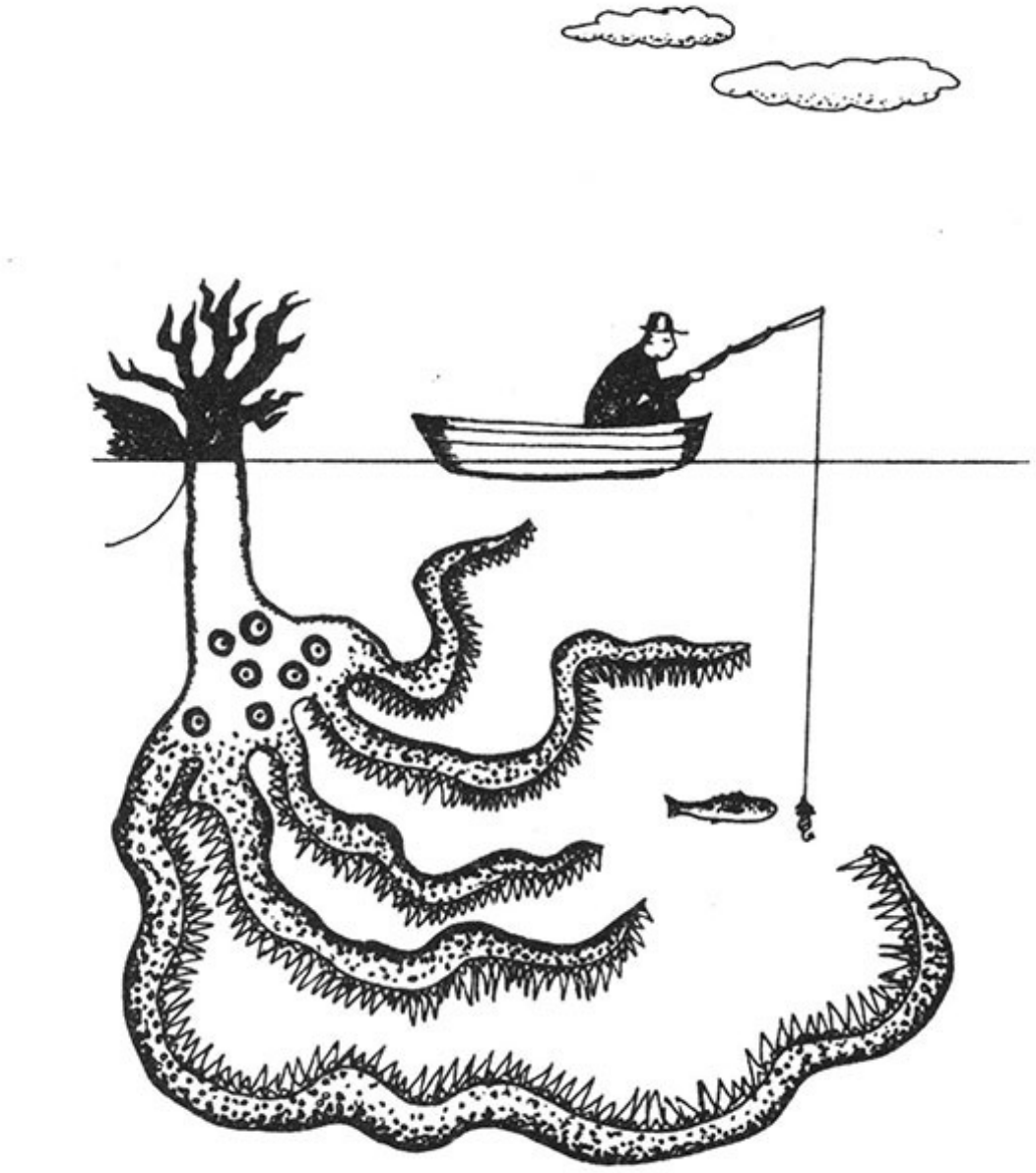
   Tenía una mirada indómita como la de un animal salvaje, leo. Apoyo el libro a mi pesar, con el pulgar marcando aún el palpitante momento. Él está a punto de estrujarla entre sus brazos, apretando su boca caliente, devoradora, dura, exigente, contra la de ella, mientras a ella se le escapan los senos por el escote, pero no puedo concentrarme. La metáfora me arrastra sin remedio a un laberinto, y de repente todo el Edén se despliega ante mis ojos. Puercoespines, comadrejas, jabalíes, mofetas, con sus miradas indómitas maliciosas o tiernas o impasibles o porcinas y esquivas. Una agonía, ver la *frisson* romántica ahí a un paso, una mariposa oscura atrapada en un melocotón demasiado maduro, y no poder tragármela, o revolcarme en ella. *¿Cuál?*, le susurro al viento imperturbable. *¿Cuál?*

El anuario de los muchachos, 1911,

estaba en el desván de mi abuelo, junto con un organillo que contenía murciélagos, pilas de novelas de vaqueros que llegaban al techo, y un maniquí de modista, el cuerpo de mi abuela capturado en alambre cuando aún tenía cintura. El desván olía a carcoma y a anguilas ahumadas, pero tenía una ventana en la que la luz del sol era más amarilla que en ningún otro sitio, quizás debido al polvo. Esta luz mantecosa enmarcaba las resonantes cuevas africanas por las que discurrían manantiales subterráneos, desprovistos de luz, poblados de cocodrilos, blancos y ciegos, que guardaban la entrada al túnel cincelado de jeroglíficos egipcios y armado de serpientes mortíferas y de puntiagudas emboscadas, plantadas hace dos mil años para proteger la cámara de la perla sagrada que, por alguna razón, en historias como ésta siempre era negra. Y cuando el héroe la arrebataba de la amenazante frente pétrea, allí en la oscuridad, *inmunda*, era una palabra que les gustaba para otras religiones, la diosa montaba en cólera. Abundaban los sacerdotes siniestros con cimitarras, te seguían el rastro como sabuesos, sobre pies descalzos y mudos, hasta que de repente llegaba la escena obligada, y caían todos por la montaña, dando botes, encantados, chillando como locos, las balas estrellándose contra los cuerpos, contra la maleza, contra las olas, hasta el barco que esperaba en aquel lugar donde Gran Bretaña escoltaba el saqueo.

El número que contenía el último capítulo nunca se había recibido; no estaba en el desván. Y allí estaba yo, suspendida en medio de la historia, en 1951, y allí sigo, en algún momento, esperando el final, o terminándolo yo misma: en un estudio de Londres empapelado de libros, con una copa de *brandy* en la mano, una aventura contada a unos pocos caballeros selectos bajo la cabeza disecada de un búfalo, con un fuego jovial en la chimenea, o en algún lugar del *veldt* sudafricano, con una bala en el corazón, ¿quién puede predecir a dónde llevan impulsos tan codiciosos? Tal avidez de cocodrilos

blancos ciegos. En esa época aún había jefes que llevaban plumas de avestruz y enemigos dignos de matar, según decía la historia. A través de la ventana del desván y su polvillo dorado y las briznas del aire se veía el granero, despintado, con la hierba asomando a modo de relleno de la puerta del pajar, y a la vuelta de la esquina la vaca de mi abuela. Te embestía si podía, si no llevabas horca. Acechaba a alguien invisible; posiblemente a mi tío, bombardeado con gas en la Primera Guerra Mundial y un poco tocado desde entonces. Los libros habían sido suyos.



Caza de cepas

1.

Las cepas muertas constituyen los disfraces preferidos de los animales salvajes. ¿Cuántas veces ha pasado usted a toda máquina en la fuera borda, o remando en la piragua, y ha visto una cepa muerta asomando en el agua y se ha dicho, *Parece un animal*?

Sólo la cabeza, claro. Nadando.

Y luego, al acercarse, resulta que era una cepa muerta.

¡No se deje engañar! Por lo general estos objetos son animales.

Tiene que hacer lo siguiente:

Dispárele al animal, más o menos entre los ojos, o donde crea que deben de estar los ojos. Esto le matará pero no le forzará a quitarse el disfraz.

La tarea siguiente es sacar al animal del agua. Puede resultar difícil, ya que el animal seguirá agarrándose tenazmente con las partes que parecen raíces. Quizás haga falta una sierra mecánica, mucha cuerda y un motor potente en la lancha. Cuando por fin haya logrado cortar y soltar al animal del fondo, remólquelo a tierra, donde habrá aparcado el coche.

No se verá rastro de sangre.

Deje que el animal se seque un poco. Estará haciendo una buena imitación de estar impregnado de agua y pesará mucho. Álcelo sobre el morro del coche o la baca de la furgoneta y átelo con cuidado. Conduzca hasta la ciudad. Otros cazadores con alces, osos, ciervos o incluso puercoespines atados a los vehículos, menearán la cabeza y se reirán de usted, pero recuerde: usted reirá el último.

Cuando tenga el animal en casa, despiécelo en el patio de atrás. Use la sierra mecánica otra vez, y un diagrama de una vaca. El animal aún parecerá madera. Pero que no le engañe.

Envuelva los filetes, costillas y chuletas en papel para congelar y métalos en el frigorífico. Si su mujer cuestiona lo que está haciendo y hace comentarios sarcásticos sobre su cordura, dígale que se meta en sus asuntos. O bien cite de la Biblia: *Toda carne es hierba*.

Cuando tenga apetencia por una buena comida de carne animal, saque un filete del congelador y caliente la barbacoa o el hornillo de gas o la sartén o el grill. ¡Éste es el momento en el que el animal se verá forzado a revelar su naturaleza! Sazone el filete —a nosotros nos gusta con un poco de salsa picante— y échelo al fuego.

Si sigue siendo madera, ha cometido un error. ¡Mala suerte! Ha escogido la única cepa muerta entre mil que no es en realidad un animal.

Inténtelo otro día.

2.

El disfraz preferido de los peces es el de canto ovalado en el fondo de los ríos.

Cómo hacer un hombre

Este mes vamos a hacer un alto en los bikinis-tanga de ganchillo y Sobras al Gusto del Chef para ofrecer a nuestras lectoras unas sugerencias sobre cómo crear, en sus mismísimas cocinas y cuartos de recreo, un objeto que es a la vez práctico y decorativo. Es muy agradable tener uno por la casa, bien en el jardín con aspecto ocupado, o parapetado en una silla, prono o erecto. ¡Elija el acabado a tono con la tapicería!

Cuando están raídos, se les cambia la funda y se usan para sujetar puertas.

1. Método tradicional

Coja barro del suelo. Dele forma. Insúflele por la nariz el aliento de vida. ¡Sencillo, pero eficaz!

(Obsérvese que aunque los hombres se hacen con barro, las mujeres se hacen de costillas. ¡Recuérdelo en la próxima barbacoa!).

¿Debe ponerle ombligo a su hombre, o no? Las expertas en el método tradicional no se ponen de acuerdo. A nosotras nos gusta incluirlo, nos parece que añade un detalle al acabado final. Use el pulgar.

2. El método de la galleta de jengibre

Para este método sirve cualquier receta buena de galletas caseras, pero añádale más jengibre si desea resultados más vivos, ¡y las lectoras que eligen este método suelen desearlos! Las pasas producen buenos ojos y botones, pero también pueden utilizarse esas bolitas de anís plateadas, siempre que tengan cuidado de no romperse un diente al morderlas.

Una vez que su hombre ha salido del horno, puede encontrar difícil que no se le escape. Los hombres fabricados de este modo tienen tendencia a fugarse camino abajo, en moto o a pie, asaltando tiendas de comestibles, tatuándose el cuerpo, y dando saltos y cantando: *¡Corre cuanto puedas, no me atraparás, soy el hombre galleta, y no me pillarán!* Puede resultar útil atarle una cuerda antes de la fase del horno, pero —¡ay!— en nuestra experiencia, no dura mucho.

Hemos de decir, sin embargo, que este método cuenta con una gran ventaja: ¡estos chicos están buenísimos! ¡Para comérselos!

3. Método del traje

¡El traje hace al hombre! ¿Cuántas veces lo ha oído decir?

¡No podríamos estar más de acuerdo! Sin embargo, aunque la ropa haga al hombre, las mujeres —por lo general— hacen la ropa, de lo que se sigue que la responsabilidad final del modelo completo recae sobre la modista doméstica.

Use un buen patrón y corte por la línea. Si no, el hombre le quedará todo fruncido. Lave la tela antes, o el sujeto acabará teniendo un tamaño menor del esperado. Cosa las pinzas primero, y acuérdese de meterle bien la barriga, o luego se arrepentirá. Cuidado con esas cremalleras. Una cremallera mal colocada puede causar serios problemas de funcionamiento. ¡Está bien ser diferente, pero no en exceso!

De vestir o de *sport*, eso es cosa suya; si duda, haga dos y alterne. Asegúrese de que su casa tiene muchos espejos. A los hombres fabricados de este modo —como a los periquitos— suelen encantarles.

Sabemos de una mujer muy creativa que cosió el hombre entero de láminas de goma. Luego usó una bomba de bicicleta. ¡Asombroso!

4. Método del mazapán

Muchas veces hemos pensado que los hombres serían más fáciles de controlar si fueran más pequeños. ¡Pues aquí tiene un bribón diminuto que le cabe en la palma de la mano!

Típicos de las tartas nupciales, estos mininovios vestidos de etiqueta requieren una atención minuciosa al detalle, pero el tiempo empleado con el

pincel y el colorante alimentario se ve recompensado al contemplar el producto final sonriéndole, engañosamente anodino, desde la cremosa capa superior de Merengue Exprés.

Lamentamos enormemente la costumbre moderna de sustituir el dulce original por figuras de plástico. Para empezar, quita todo el placer cuando sentimos la necesidad —como nos ocurre a nosotras— de meternos uno de estos pulcros figurines en la boca y chuparle la ropa.

5. Método artesano tradicional

Ya habrá visto estas preciosidades delante de las casas de otra gente, con molinillos de viento en la cabeza. Martillean con sus martillitos, sierran con sus sierrecitas, o simplemente mueven los brazos como aspas cuando sopla el viento. O por el contrario, pueden estarse totalmente quietos, agarrados a bridas, linternas, o cañas de pescar. Algunos llevan traje de gnomo.

¿Por qué no fabricarte uno de estos chicos guapos para ti sola? ¡Por qué no! Recubre a tu maridito de escayola, y

Hombres a la deriva

Tiene un límite la conversación, sobre las mujeres, conversando. En restaurantes, cafés, cocinas, con menor frecuencia en bares o *pubs*, sobre parientes, parentescos, parentelas, relaciones, enfermedades, el trabajo, los niños, los hombres; sobre matices, sospechas, confidencias, intuiciones, sombras; sobre sí mismas y sobre las demás; sobre lo que él le dijo a ella y ella a él; sobre lo que sienten.

Algo más definido, más externo, alguna acción, para secar la ciénaga interior, barrer el polvo interior de debajo de la cama interior, endurecer los bordes. Hombres en el mar, por ejemplo. No en un submarino, demasiado claustrofóbico y maloliente, algo más reconstituyente, un golpe de sal, de agua fría, sobre tu cuerpo encallecido, cortes y moratones, huracanes, valentía, y sobre todo, ni una mujer. A las mujeres las sustituye el agua, el viento, el océano, variable y traidor; un hombre tiene que saber qué hacer, orientarse, navegar, achicar, así que cógete un libro de instrucciones, y aquí va lo que él le dijo a él, o no le dijo; una mirada oblicua, tomándole la medida al cabrón antes de abalanzarse sobre él, la navaja al vientre, y aquí viene la ola, agárrate al obenque, todos los dientes rechinan, todos los músculos se hinchan conjuntamente. O bien, te cuelas por la vía de escape, la vía rápida, la vía de en medio, la Vía Láctea, en la oscuridad, los ojos te brillan como relojes digitales, y los setos, barriles, imbornales, cunetas, infestados de enemigos, y tú de ronda en busca de adrenalina y botín. Cadáveres de los que eres autor van licuándose en tu estela, cuando alcanzas la cueva, la ciudad abandonada, la caja fuerte, el tabique falso, el agujero en el suelo, y ¡riquezas nunca soñadas!

¿Y ahora qué? Gástalo en alguna mujer, en un restaurante. Y ahí estoy yo, otra vez en la mesa eterna, que existe para que ella pueda apoyar los codos,

ante una copa de vino, mientras él dice. ¿Qué dice? Dice la historia de cómo llegó aquí, a ella. Ella dice, ¿pero qué sentías?

Y a él los ojos le dan vueltas como locos, raudo y veloz intenta pensar en otra cosa, un cactus, una marsopa, nunca te delates, mientras las olas seductoras hinchan la alfombra bajo sus pies y el viento refresca entre los manteles. Está rodeada, ella ahora lo ve claro, hay uno por mujer por mesa. Hombres, a la deriva.

Hervideros

Empezó en los huertos de las casas. Al principio los hombres se centraban en el calor y el humo, y en manipulaciones peligrosas con tenedores largos. Sus esposas les regalaban delantales de rayas, con eslóganes por delante —CALIENTE, CALIENTE; EL JEFE— para animarlos a seguir. Luego empezó a complicarse con lo de a quién le toca fregar los platos, y que no podemos usar platos de cartón siempre, y hacia esa época las esposas empezaron a cansarse de hacer galletitas de mantequilla y *mousse* de gelatina con zanahoria rallada y malvavisco, y querían ganar dinero, y la cosa se fue liando. Las esposas dijeron que el día sólo tiene veinticuatro horas; y los hombres, que en ese siglo aún se enorgullecían de su racionalidad, tuvieron que admitir que era cierto.

Durante un tiempo acordaron que los hombres estuvieran al cargo de las formas más masculinas de la comida: asados, costillas, chuletones, pollos y patos muertos, mollejas, corazones, cualquier cosa que obviamente se hubiese matado, que hubiese sangrado de forma visible. Las esposas hacían las otras cosas, las verduras glaseadas y el sorbete de ciruelas, cualquier cosa que floreciese o diese fruto o fuera suave o pringosa por dentro. Esto fue bien durante una década. Todo el mundo alababa a los hombres para que siguieran, y las esposas, escapándose de las casas por las mañanas con sus carteras nuevas, con el bonobús en la mano porque los hombres necesitaban la furgoneta para traer a casa los cadáveres, tenían la sensación de haberse salido con la suya en algo.

Pero el tiempo no se detiene, y los hombres se negaron a dejar de evolucionar. No se iban a quedar aislados en sus cocinas individuales, cocinas a las que cada vez dejaban entrar menos a las mujeres porque, según los hombres, no afilaban los cuchillos como es debido, cuando se molestaban en hacerlo. Los hombres empezaron a adquirir máquinas de cocina, y pasaban el

fin de semana desarmándolas y echándoles aceite. Al principio hubo algún accidente, unos cuantos dedos y puntas de nariz perdidos, pero los hombres enseguida dieron con el quid y ampliaron a otras áreas: ralladores automáticos de nuez moscada, aparatos eléctricos para destapar tarros. En los cócteles se reunían en grupos a un extremo de la sala, intercambiando recetas personales y relatos de cocina, historias de *soufflés* temerariamente salvados en el último minuto, *flambées* de peras incontrolados con los que habían tenido que luchar hasta extinguirlos. Algunas de estas historias tenían frases atrevidas, como *pechugas de pollo*. Desde luego, la metáfora sexual estaba cambiando: los cuencos y los tenedores abundaban, mientras *batehuevos*, *olla a presión* y *cuentagotas* se convirtieron en términos que sólo las jóvenes más osadas, las que se jactaban de echarse la mantequilla a su propia tostada, se aventuraban a pronunciar en compañía mixta. Los hombres que no cocinaban muy bien pululaban tímidamente alrededor de estos grupos, sin atreverse a intervenir, admirando a los mayores y de más experiencia, deseando ser como ellos.

Poco después, los hombres dimitieron en masa de sus puestos de trabajo para pasar más tiempo en la cocina. Las revistas dijeron que era una tendencia moderna. Las mujeres se vieron obligadas a ir a trabajar, lo quisieran o no: alguien tenía que ganarse el pan, y claro, no querían que la masculinidad de sus hombres se viera amenazada. La posición de un hombre en la comunidad se medía ahora por el largo de sus cuchillos de trinchar, por cuántos tenía y cómo estaban de afilados, y por si eran lisos o adornados con oro y piedras preciosas.

Surgieron los clubs exclusivos y las sociedades secretas. Los hombres que se encontraban por vez primera intercambiaban apretones de manos característicos —el giro bechamel, la doble presa *mousse* de chocolate— para demostrar que habían sido iniciados. Se les señaló a las mujeres, que a estas alturas ya no entraban en las cocinas nunca so pena de ser tildadas de poco femeninas, que *chef* al fin y al cabo significa *jefe* y que el postre por excelencia se llama flan de huevo y no de ovario. Empezaron a aparecer artículos psicológicos en las revistas sobre el origen de la envidia culinaria de las mujeres y cómo podría curarse. Se recomendó la amputación de la punta de la lengua, y, como sabréis, se convirtió en práctica muy extendida en las naciones más avanzadas. Si la Naturaleza hubiese querido que las mujeres cocinasen, se dijo, Dios hubiera hecho los cuchillos de trinchar redondos y con agujeros.

Esto es historia. Pero no es una historia conocida por mucha gente. Existe sólo en las pocas colecciones y archivos que no han sido destruidos, y en

manuscritos como éste, pasados de mujer a mujer, por lo general durante la noche, copiados a mano o memorizados. Es subversivo por mi parte incluso escribir estas palabras. Mientras lo hago, arriesgo mi libertad personal, porque ahora, después de tantos siglos de estancamiento, hay signos de que la esperanza y por lo tanto el cambio se han hecho posibles de nuevo.

Las mujeres, con sus trajes de raya diplomática, exiliadas a las salas de estar, donde beben sorbo a sorbo las copas de oporto que les traen los hombres, se sentaban hasta ahora inquietas, silenciosas, escuchando las risotadas masculinas y un tanto despectivas que procedían de la cocina cerrada a cal y canto. Pero han estado conspirando en voz baja. Cuando están con personas de confianza, hablan sobre tiempos remotos, perdidos en la niebla de la leyenda, sugeridos en paquetes de cartas encontradas en baúles en los desvanes y en crípticos frescos hallados en paredes de templos abandonados, tiempos en que a las mujeres se les permitía participar también en el ritual que personifica las convicciones religiosas más profundas de nuestra sociedad: la transformación de la harina consagrada en pan santo. Por las noches sueñan, sueños largos y clandestinos, confusos y oscurecidos por las sombras. Sueñan con hundir las manos en la tierra, que es roja como la sangre y suave, que es lechosa y caliente. Sueñan que la tierra se agrupa bajo sus manos, se hincha, cambia de forma, florece en mil figuras, para ellas también, para ellas de nuevo. Sueñan con manzanas; sueñan con la creación del mundo; sueñan con la libertad.

Finales felices

John y Mary se conocen.
¿Y luego qué?
Si quieres un final feliz, vete a A.

A. John y Mary se enamoran y se casan. Los dos tienen un trabajo interesante y bien remunerado que encuentran atractivo y estimulante. Compran una casa preciosa. El valor de la vivienda sube. Con el tiempo, cuando se pueden permitir una empleada de hogar permanente, tienen dos niños, a quienes adoran. Los niños salen bien. John y Mary tienen una vida sexual atractiva y estimulante y amigos interesantes. Van juntos de vacaciones. Se jubilan. Los dos tienen aficiones que encuentran atractivas y estimulantes. Con el tiempo se mueren. Aquí termina la historia.

B. Mary se enamora de John pero John no se enamora de Mary. Él sólo utiliza su cuerpo para obtener placer egoísta y para la gratificación tibia de su ego. Va al apartamento dos veces a la semana y ella le hace la cena (observarás que no considera que Mary valga siquiera el precio de salir a cenar), y después de cenar la folla y luego se queda dormido, mientras ella friega los platos para que él no piense que es poco ordenada, con todos esos platos sucios por ahí, y se pinta los labios de nuevo para tener buen aspecto cuando él despierte, pero cuando despierta ni lo nota, se pone los calcetines y los calzoncillos y los pantalones y la camisa y la corbata y los zapatos, en orden inverso a como se los quitó. Él no desviste a Mary, se desviste ella misma, se porta como si siempre se muriera por hacerlo, no porque le guste el sexo exactamente, no le gusta, pero quiere que John piense que sí porque si lo hacen con suficiente frecuencia seguro que se acostumbrará a ella y se casarán, pero John sale por la puerta casi

sin decir buenas noches y tres días más tarde aparece a las seis de la tarde y vuelven a hacer exactamente lo mismo.

Mary tiene mala cara. Llorar es malo para el cutis, todo el mundo lo sabe y Mary también, pero no es capaz de parar. Los compañeros de trabajo lo notan. Sus amigos le dicen que John es una rata, un cerdo, un perro, que no la merece, pero ella no lo cree. Dentro de John, piensa, hay otro John, que es mucho mejor. Ese otro John saldrá como una mariposa de su crisálida, un payaso de una caja de sorpresas, una pepita de una ciruela pasa, si se aprieta lo suficiente al primer John.

Una noche John se queja de la comida. Nunca se ha quejado de la comida. Mary se disgusta.

Sus amigos le dicen que le han visto en un restaurante con otra mujer que se llama Madge. Ni siquiera es Madge lo que le molesta a Mary; es el restaurante. John nunca ha llevado a Mary a un restaurante. Mary reúne todos los somníferos y aspirinas que encuentra y los toma con media botella de jerez. Te darás cuenta del tipo de mujer que es por el hecho de que ni siquiera es *whisky*. Deja una nota para John. Espera que la encuentre y la lleve al hospital a tiempo y se arrepienta y así puedan casarse, pero esto no ocurre y se muere.

John se casa con Madge y todo continúa como en A.

C. John, que es un hombre mayor, se enamora de Mary, y a Mary, que sólo tiene veintidós años, le da lástima de él porque se preocupa de que se le caiga el pelo. Duerme con él aunque no está enamorada. Le conoció en el trabajo. Ella está enamorada de otro que se llama James, que tiene también veintidós años y no está preparado para sentar la cabeza.

John por el contrario la ha sentado hace tiempo: esto es lo que le preocupa. John tiene un trabajo fijo y respetable y está haciéndose un nombre en su campo, pero a Mary no la impresiona, la impresiona James, que tiene una motocicleta y una colección de discos fabulosa. Pero James está mucho fuera, en su motocicleta, ejerciendo la libertad. La libertad no es lo mismo para las chicas, así que mientras tanto Mary pasa las tardes de los jueves con John. El jueves es el único día en que John puede escaparse. John está casado con una mujer llamada Madge y tienen dos niños, una casa preciosa que compraron justo antes de que el precio de la vivienda subiera, y aficiones que encuentran atractivas y estimulantes, cuando tienen tiempo. John le dice a Mary lo importante que ella es para él, pero naturalmente no puede dejar a su esposa porque un compromiso

es un compromiso. Se enrolla con esto más de lo necesario y a Mary la aburre, pero los hombres mayores tienen erecciones más largas, así que en general se lo pasa bastante bien.

Un día James aterriza por allí en su motocicleta con un híbrido purísimo de California y se cuelgan hasta límites imposibles y se van a la cama. Todo se hace muy submarino, pero allá llega John, que tiene llave del apartamento de Mary. Los encuentra colocados y entrelazados. No está en posición de ponerse celoso, considerando a Madge, pero a pesar de todo le invade la desesperación. Finalmente ha llegado a la mediana edad, en dos años estará calvo como una bola, y no lo soporta. Compra una pistola, diciendo que la necesita para prácticas de tiro —éste es el punto débil del argumento, pero se puede arreglar más tarde— y los mata a los dos y se suicida.

Madge, tras un período aceptable de luto, se casa con un hombre comprensivo llamado Fred y todo continúa como en A, pero con nombres distintos.

D. Fred y Madge no tienen problemas. Se llevan excepcionalmente bien y tienen la habilidad de solucionar las pequeñas dificultades que van surgiendo. Pero su preciosa casa está pegada al mar y un día se avecina un maremoto. El valor de la vivienda baja. El resto de la historia va de qué causó la marea y cómo escapan. Y escapan aunque hay miles que se ahogan. Parte de la historia es cómo se ahogan esos miles, pero Fred y Madge son buenos y tienen suerte. Finalmente en un terreno elevado se abrazan el uno al otro, mojados, pingando y agradecidos, y sigue como en A.

E. Sí, pero Fred tiene problemas de corazón. El resto de la historia va de lo buenos y comprensivos que son los dos hasta que Fred se muere.

Entonces Madge se dedica a actividades benéficas hasta el final de A. Si quieres, puede ser *Madge, cáncer, culpable y confuso* y *ornitología*.

F. Si crees que todo esto es muy burgués, convierte a John en un revolucionario y a Mary en una agente de contraespionaje y mira a ver lo que sacas. Recuerda, estamos en Canadá. Aun así terminarás en A, aunque en el medio logres una saga lujuriosa y atormentada de relación pasional, una crónica de nuestro tiempo, más o menos.

* * *

Tendrás que admitirlo, los finales son iguales, lo cojas por donde lo cojas. Que no te engañen otros finales, son todos falsos; deliberadamente falsos, con intención maliciosa de engañar, o sólo motivados por un exceso de optimismo, cuando no por puro sentimentalismo.

El único final auténtico es el que se ofrece aquí:

John y Mary se mueren. John y Mary se mueren. John y Mary se mueren.

* * *

Hasta aquí los finales. Los principios siempre son más entretenidos. Los auténticos entendidos, ya se sabe, se inclinan por el trayecto intermedio, con el que es más difícil hacer algo.

Esto viene a ser todo lo que puede decirse de las tramas, que en todo caso son una cosa detrás de otra, y un qué y un qué y un qué.

Ahora intenta Cómo y Por Qué.

Alabemos a las mujeres tontas

—las cabezas huecas, las descerebradas, las rubias explosivas:
las adolescentes tercas demasiado tontas para escuchar a sus madres:
todas las que tienen relleno de colchón entre oreja y oreja, todas las empleadas de lujo que nos desean un buen día, y nos dan el cambio mal, mientras se retocan el superpeinado en el espejo,
aquellas que meten al caniche recién bañado en el microondas,
y aquellas cuyos novios les dicen que el chicle de clorofila es anticonceptivo, y se lo creen;
todas las que se muerden las uñas de nervios porque no saben si hacer pis o salir del wáter, todas las que no saben escribir pis ni wáter, todas las que se ríen, complacientes, de chistes tontos como éste, aunque no los entiendan.

No viven en el mundo real, nos decimos, benévolas: pero ¿qué clase de crítica es esa?
Si se arreglan para no vivir en él, tanto mejor. También nosotras preferiríamos no vivir en él.
Y en realidad no lo hacen, porque tales mujeres son ficciones: compuestas por otros, pero con igual frecuencia por sí mismas,
aunque hasta las mujeres tontas son menos tontas de lo que aparentan: lo aparentan por amor.
Los hombres las adoran porque hacen que hasta los hombres tontos parezcan listos: las mujeres por la misma razón,
y porque les recuerdan las cosas tontas que han hecho ellas,
pero sobre todo porque sin ellas no habría historias.

¡No habría historias! ¡Imagínate un mundo sin historias!
Pues eso es exactamente lo que tendríamos, si todas las mujeres fueran sabias.

Las Vírgenes Sensatas cuidan sus lámparas, se proveen de aceite, y llega el esposo, como debe ser, llamando a la puerta principal, a tiempo para la cena;
no hay lío, no hay follón, no hay historia.
¿Qué se puede contar de las Vírgenes Sensatas, insulsos parangones de virtud?
Se muerden la lengua, cierran sus boquitas inteligentes, se cosen su propia ropa,
alcanzan reconocimiento profesional, lo hacen todo bien sin esfuerzo.
Son en cierto modo insoportables: no tienen vicios narrativos:
sus sonrisitas sensatas son demasiado sabias, saben demasiado de nosotras y nuestras tonterías.
Sospechamos que tienen corazones mezquinos.
Se pasan de listas, no en detrimento suyo, sino en el nuestro.

Las Vírgenes Necias, en cambio, dejan que las lámparas se apaguen:
y cuando el esposo llega y llama al timbre,
están en la cama durmiendo, y tiene que entrar por la ventana:
y la gente grita y tropieza con cosas, y las identidades se confunden,
y hay una escena de persecución, y de rotura, y el placer de la trifulca consiguiente:
nada de lo cual se hubiera producido si a estas chicas no les faltasen unos cuantos veranos.

¡Ah, la Eterna Mujer Tonta! Cómo nos gusta oír hablar de ella:
cuando escucha los entramados pseudoartísticos de la creíble serpiente, y acaba comiendo la muestra gratuita de la manzana del Árbol de la Sabiduría:
dando así origen a la ciencia de la Teología;
o mientras abre la fraudulenta caja-sorpresa que contiene todos los males humanos, y es tan tonta que cree que la Esperanza servirá de alivio.

Habla con lobos, sin saber qué clase de bestias son:
¿Dónde has estado toda mi vida? le preguntan. *¿Dónde he estado toda mi vida?* responde ella.
¡Nosotras sí lo sabemos! ¡Lo sabemos! Y reconocemos un lobo cuando lo vemos.

Cuidado, le gritamos en silencio, pensando en todas las cosas inteligentes que haríamos en su lugar.
Pero atrapada en las páginas blancas, no nos oye, y va brincando, canturreando y retozando hacia su destino.
(¡La inocencia! Quizás ésa sea la clave de la estupidez, nos decimos, nosotras que la abandonamos hace tiempo).
Si escapa a algún peligro, es gracias a la buena suerte, o al héroe: esta chica se ahogaría en un vaso de agua.

* * *

A veces es tontamente temeraria; por otro lado, puede ser igualmente miedosa, aunque también tontamente.
Padrastros incestuosos la persiguen por claustros en ruinas, a los que ha sido llevada con artimañas que no engañarían a un palomo.
Los ratones la hacen gritar: va por este mundo amenazante gimoteando, entre castañetear de dientes,
corriendo —pero correr implica el uso de las piernas, y es poco airoso— desvaneciéndose, más bien.
(Sin piernas) huye despavorida, equivocándose de camino en cada cruce,
un *foulard* blanco de seda en la oscuridad, y nosotras huimos con ella.
Huérfana y carente de tías bondadosas, toma decisiones matrimoniales poco apropiadas,
y tiene que evitar cuerdas, cuchillos, perros asilvestrados, macetas de piedra que caen de los balcones,
dirigidas a su agitada cabecita por esposos ladinos y viles que van a por sus huesos y sus pesos.
No la compadezcas, cuando la veas ahí desvalida retorciéndose las manos:
el miedo es su armadura.

¡Admitámoslo, es nuestra inspiración! ¡La Musa como pelusa de polvo!
¡Y la inspiración de los hombres, también! ¿Por qué, si no, se compusieron las sagas de héroes,
de su fuerza cuasidivina y sus hazañas sobrehumanas, sino para la admiración de las mujeres a quien se juzga tan tontas como para creérselas?
¿De dónde, si no, quinientos años de poemas de amor, por no hablar de esas canciones suplicantes, lastimeras, llenas de gemidos y sollozos musicales?
¡Dirigidas directamente a las mujeres tan tontas como para encontrarlas seductoras!

Cuando una hermosa mujer cae en desgracia, o se tira a ella, alegando sus buenas intenciones, su deseo de agradar, y abusan de ella, sobre todo si el que abusa es famoso, si es lo bastante tonta o lo bastante lista, la pillan, como en las novelas clásicas,
y aparece en los periódicos, desconcertada y llorosa, y de ahí directa al corazón.
¡Te perdonamos! Exclamamos. *¡Lo comprendemos! ¡Ahora hazlo otra vez!*

Hypocrite lecteuse! Ma semblable! Ma soeur!
Alabemos a las mujeres tontas,
que nos han dado la Literatura.

El Victory Burlesque

Fui al Victory Burlesque dos veces, o quizás solo una, y la otra fue una amiga mía y me lo contó. Me divertí las dos veces. Se consideraba un tanto atrevido que las jóvenes fueran a semejante sitio, y a nosotras nos hacía gracia; nos hacía casi tanta gracia como ir a la iglesia.

El espectáculo incluía un cómico, una película, y un hombre que cantaba o hacía juegos malabares con platos, además del número de *striptease*. Usaban mucha iluminación de color, roja y azul y púrpura. Cada chica tenía un apodo: Amor Consentido, Estrellita Nocturna, Remedios Lacalle. Me gustaban los nombres y los trajes, por su ingenio, y me gustaban las chicas más hábiles, las que hacían girar borlas, o rotaban el vientre o las nalgas en círculo. Esto era antes de que tuvieran que quitárselo todo, tenía su arte, era casi como los malabarismos con platos. Me gustaba verlas flotar en los haces de luz de color, moviéndose como nadando en el agua, sirenas al otro lado del cristal.

Una mujer empezó de espaldas al público, bajo la luz de los focos. Llevaba guantes largos blancos y un traje de noche con mangas de tul negro que parecían alas membranosas cuando desplegaba los brazos. Hizo un montón de cosas con los brazos y la espalda, pero cuando al fin se dio la vuelta, era vieja. Llevaba la cara empolvada de un blanco de muerte, la boca pintada de un morado rojizo chillón, pero era vieja. Sentí una oleada de vergüenza invadirme el cuerpo, ya no tenía ninguna gracia, no quería que esta mujer se quitase la ropa, no quería mirar. Sentí que era yo, no la mujer del escenario, la que se exponía y humillaba. Estaba segura de que le silbarían y le gritarían cosas, de que se sentirían estafados.

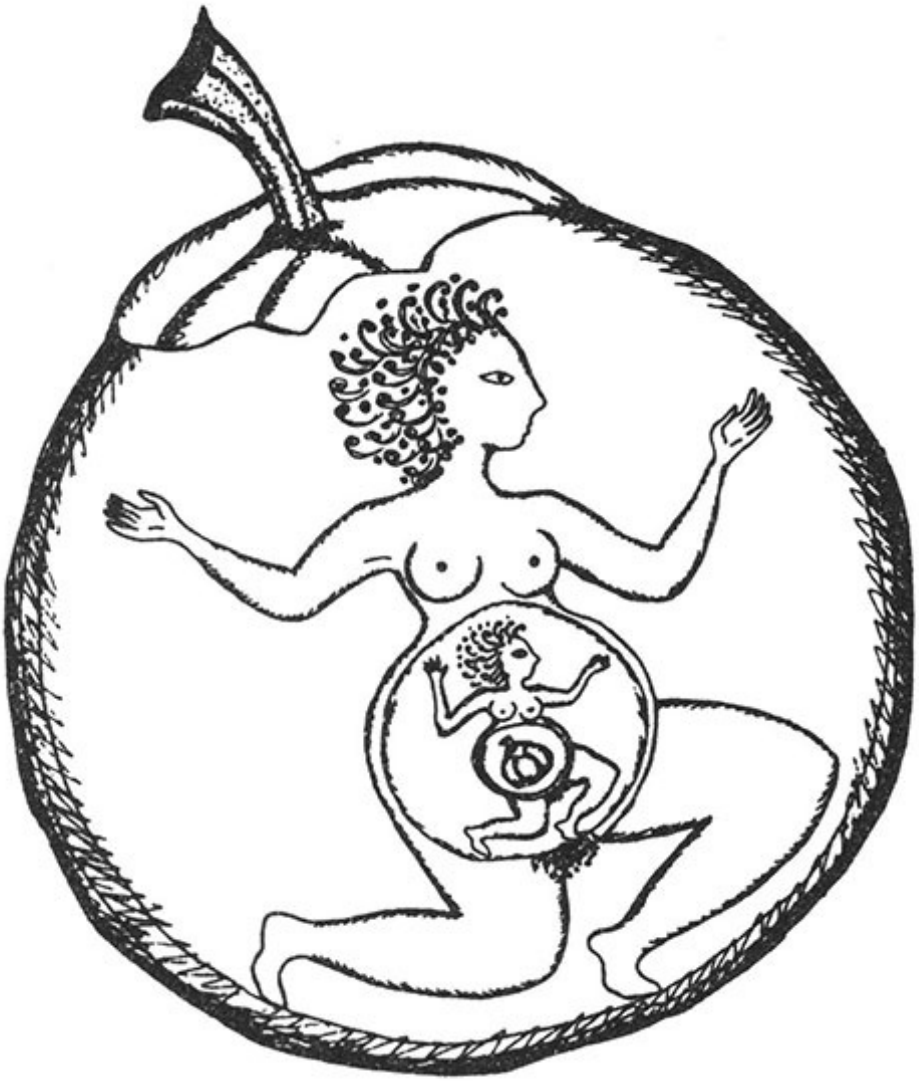
La mujer bajó la cremallera de su traje negro, deslizándoselo por el cuerpo, y empezó a mover la cadera. Sonrió con su cara de máscara blanca y su boca morada, y dentro de sus labios se reflejaron los dientes, piedras

blanquecinas sin brillo, era una burla, no intencionada, ella lo sabía, era un truco de otro tipo pero no sabíamos quién nos estaba gastando la broma. El truco estaba en que de repente no había truco: el cuerpo que estaba subido allí arriba era real, envejecía, no flotaba en la luz de los focos, en un mundo aparte del nuestro; estaba, como nosotros, atrapado en el tiempo.

En el Victory Burlesque se hizo un silencio de muerte.

Ella

sabe muy bien lo que hace. Bueno, ¿y por qué no? Por la calle, a la vuelta de la esquina, ese trozo suyo que desaparece ya mismo. Si así funciona, así lo hará. A veces en pantalón corto, los muslos bronceados, o luciendo mangas que parecen coles, o el cuerpo entero cayéndose, líquido, desde los hombros: no importa lo que esté a punto de ocurrir. Encajes al cuello, en los tobillos, rozando los pechos, donde les dé por colocar los encajes este año, y una risa, o no, donde late el pulso. ¿Qué le hará conseguir? Algo. Tienes que saber cuándo correr y adonde, cómo cerrar una puerta, con suavidad. Enseñando solo un poco, algo que parezca carne, ellos la siguen, unas piedrecitas blancas sembradas en el bosque, bajo los árboles, brillando a la luz de la luna, pistas, un rastro. Para ir de un punto al siguiente y entonces ver otro, y otro más allá. Trafica con el deseo, la enfermedad del alma, el tartamudeo de las arterias, ¿lo llamarías sufrimiento, adonde conduce? A adentrarse más en el bosque, en la luz de la luna. Ellos creen que saldrán de entre los árboles y ella estará allí, por fin esperándolos, toda luz serena y blanca.



El cuerpo femenino

«… enteramente dedicado al tema "El Cuerpo Femenino". Sabiendo lo acertadamente que usted ha escrito sobre este tema, este amplísimo tema…».

—carta recibida del *Michigan Quarterly Review*

1.

Estoy de acuerdo, es un tema candente. Pero ¿sólo uno? Eche una ojeada a su alrededor, hay una gama muy amplia. Mire el mío, por ejemplo.

Me levanto por la mañana. Tengo el tema hecho polvo. Lo rocío de agua, cepillo algunas partes, lo froto con toallas, añado lubricante. Le echo el combustible, y allá va mi tema, mi tema tópico, mi tema controvertido, mi amplio tema, mi tema cojo, mi tema miope, mi tema con problemas de espalda, mi rebelde tema, mi vulgar tema, mi extravagante tema, mi tema que envejece, que es impensable y encima todavía comete faltas de ortografía, dentro de su abrigo un tanto grande y sus botas de invierno gastadas, caminito abajo por la acera como si fuese de carne y hueso, buscando lo que haya por ahí fuera, un aguacate, un concejal, un adjetivo, hambriento como siempre.

2

El Cuerpo Femenino básico viene con los siguientes accesorios: liguero, faja, crinolina, camisola, miriñaque, sostén, ceñidor, *slip*, zona virgen, tacones de aguja, aro nasal, velo, guantes de piel, medias de red, esclavina, cintas del pelo, viuda alegre, plañideras, gargantillas, prendedores, pulseras, cuentas,

impertinentes, estola de plumas, negro elegante, polvera, *body* completo de *lycra* con zona púdica reforzada, peinador de diseño, camisón de franela, osito de encaje, cama, cabeza.

3.

El Cuerpo Femenino está hecho de plástico transparente y se ilumina cuando lo enchufas. Puedes apretar un botón para iluminar los diferentes sistemas. El Sistema Circulatorio viene en rojo para el corazón y las arterias, morado para las venas; el Sistema Respiratorio es azul, el Sistema Linfático es amarillo, el Sistema Digestivo es verde, con el hígado y los riñones *in aqua*. Los nervios vienen en naranja y el cerebro es rosa. El esqueleto, como era de esperar, es blanco.

El Sistema Reproductor es opcional, y se puede extraer. Viene con o sin embrión en miniatura. Por lo tanto los padres pueden ejercer su derecho a elegir. No deseamos ni asustar ni ofender.

4

Él dijo: me niego a tener una de esas cosas en casa. Les da a las niñas una idea falsa de la belleza, por no hablar de la anatomía. Si una mujer de verdad tuviera un cuerpo así, se caería de morros.

Ella dijo: si no la dejamos tenerla como todas las demás niñas se sentirá como un bicho raro. El tema se convertirá en un símbolo. La deseará y luego querrá ser como ella. La represión produce sublimación. Lo sabes de sobra.

Él dijo: no son sólo las tetas de plástico puntiagudas, es el vestuario. El vestuario y ese lerdo de muñeco masculino, como se llame, el que tiene los calzoncillos pegados con cola.

Ella dijo: mejor que pase por ello mientras es pequeña. Él dijo: vale, pero no quiero verla delante.

Bajó volando por las escaleras, silbando como un dardo. Estaba completamente desnuda. Tenía el pelo cortado al rape, la cabeza al revés, le faltaban unos cuantos dedos y llevaba el cuerpo tatuado con tinta morada, haciendo dibujos en espiral. Chocó contra la azalea, tembló allí un momento como un ángel mal restaurado, y se cayó.

Él dijo: parece que ha pasado el peligro.

5.

El Cuerpo Femenino tiene muchos usos. Se ha utilizado como picaporte, como abrebotellas, como reloj con un tictac en el vientre, como soporte de lámparas, como cascanueces, aprietas con las piernas de bronce y las cascas. Lleva antorchas, eleva coronas victoriosas, genera alas de cobre y alza a las alturas un halo de estrellas de neón; edificios enteros descansan sobre sus cabezas de mármol.

Vende coches, cerveza, loción de afeitar, cigarrillos, licores fuertes; vende planes dietéticos y diamantes, y deseo en botellas minúsculas de cristal. ¿Es éste el rostro que lanzó mil productos? Desde luego, cariño, pero no vaya a subírsete a la cabeza, sonrisas como la tuya las hay a miles y las compro por dos duros.

No sólo vende, se vende. El dinero fluye a este o aquel país, llega en avión, entra prácticamente a gatas, traje tras traje, atraído por todas esas piernas sin vello, preadolescentes. Escucha, quieres reducir la deuda nacional, ¿no? ¿No eres patriótica? Así me gusta. Que seas buena.

Es un recurso natural, por suerte renovable, porque esas cosas se agotan enseguida. Ya no las fabrican como antes. Productos de mala calidad.

6.

Uno más uno es igual a otro. El placer de la hembra no es requisito imprescindible. Los lazos de pareja son más fuertes en los ánades. No hablamos de amor, hablamos de biología. Así llegamos todos a este mundo, hija mía.

Los caracoles lo hacen distinto. Son hermafroditas, y trabajan de tres en tres.

7.

Cada cuerpo femenino contiene un cerebro femenino. Muy cómodo. Hace que las cosas funcionen. Si le clavas alfileres se producen efectos increíbles. Canciones populares antiguas. Cortocircuitos. Pesadillas.

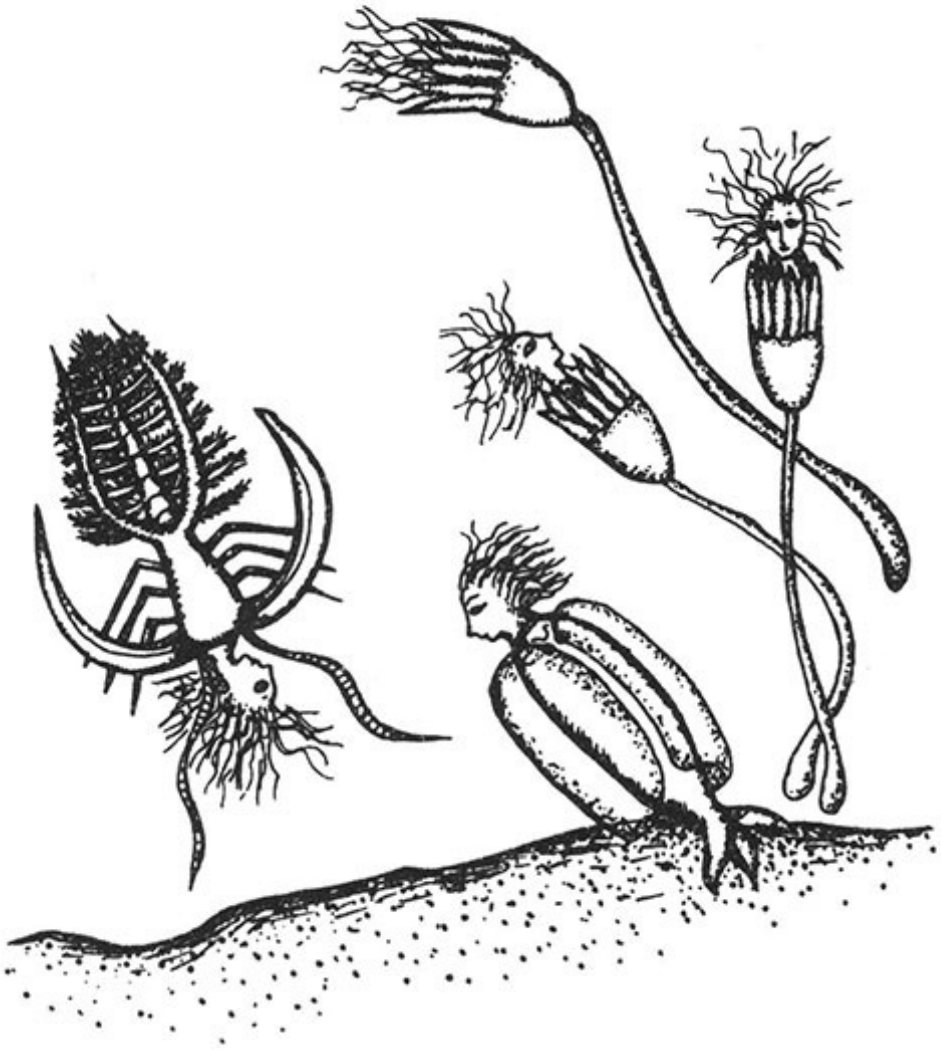
En todo caso: cada uno de estos cerebros tiene dos mitades. Están unidas por un cordón grueso, los caminos neurológicos fluyen de la una a la otra, chispas de información eléctrica pasan de acá para allá. Como la luz en las olas. Como la conversación. ¿Cómo lo sabe una mujer? Escuchando. Escuchando desde dentro.

El cerebro masculino, bueno, eso es otra cuestión. Sólo hay una vaga conexión. Espacio aquí, tiempo allá, música y aritmética en sus compartimentos estancos. El cerebro derecho no sabe lo que hace el izquierdo. Esto es bueno para la puntería, para dar en el blanco cuando se acciona el gatillo. ¿Cuál es el blanco? ¿Quién es el blanco? ¿A quién le importa? Lo que importa es acertar. Ahí tenemos el cerebro masculino. Objetivo.

Por eso los hombres son tan tristes, por eso se sienten tan aislados, y se ven a sí mismos como huérfanos abandonados a la deriva, sin ataduras y sin cuerdas en el profundo vacío. ¿Qué vacío? dice ella. ¿De qué estás hablando? El vacío del Universo, dice él, y ella dice, Ah, y mira por la ventana y trata de captar la cosa, pero es inútil, sucede demasiado, hay demasiados susurros en las hojas de los árboles, demasiadas voces, así que dice, ¿quieres un bocadillo de queso, un trozo de tarta, una taza de té? Y él aprieta la mandíbula porque ella no entiende, y se aleja, no ya solo sino Solo, perdido en la oscuridad, perdido en el cráneo, buscando la otra mitad, el gemelo que le pueda completar.

Y entonces se le ocurre: ¡Ha perdido el Cuerpo Femenino! Mira, reluce en la penumbra, muy a lo lejos, una visión de lo completo, de madurez, como un melón gigante, como una manzana, como una metáfora de *pecho* en un mala novela de sexo; reluce como un globo, como un mediodía de niebla, una luna entre agua, brillando en su huevo de luz.

Atrápalo. Mételo en una calabaza, en una torre alta, en una zona residencial, en un dormitorio, en una casa, en una habitación. Rápido, ponle una correa, un candado, algún dolor, siéntale la cabeza, que no pueda escapársete otra vez.



Sangre fría

A mis hermanas, las Iridiscentes, las Portadoras de Huevos, las Multifacetadas, saludos desde el Planeta de las Mariposas Nocturnas.

Al fin hemos logrado establecer contacto con las criaturas de este lugar que, por su capacidad para comunicarse, para vivir en colonias, y para construir tecnologías, más se nos parecen, aunque no han pasado en estos aspectos de un nivel rudimentario.

Durante nuestra primera observación de estas *criaturas de sangre*, como las hemos denominado (por el líquido de vivo color que se halla dentro de sus cuerpos, y que parece tener gran significado en sus poemas, guerras y ritos religiosos), las supusimos incapaces de hablar, ya que los especímenes que pudimos examinar carecían por completo de órganos apropiados. Carecían de elitroides con los que estridular (de hecho carecían de alas); carecían de mandíbulas para frotar; y el método químico les era desconocido, ya que no poseían antenas. El *olfato* es para ellas una cuestión incidental, reducido a un apéndice aplastado e insensible en la parte anterior de la cabeza. Pero pasado cierto tiempo, descubrimos que los chillidos y gruñidos que emitían, especialmente si se les pellizcaba, eran de hecho una forma de lenguaje, y a partir de ahí avanzamos rápidamente.

Enseguida establecimos que su planeta, denominado por nosotras el Planeta de las Mariposas Nocturnas, por su género más prolífico y más destacable, es denominado *Tierra* por estas criaturas. Tienen la creencia de que sus antepasados fueron formados a partir de esta sustancia; o eso dicen muchas de sus deliciosas aunque irracionales narraciones folklóricas.

En un intento de establecer terreno común, les preguntamos en qué estación se apareaban con sus machos y luego los devoraban. ¡Imaginaos nuestro desconcierto cuando descubrimos que los individuos con los que conversábamos eran machos! (Resulta muy difícil distinguirlos, ya que sus

machos no son diminutos, como los nuestros, sino tirando a más grandes. Además, al carecer de belleza natural —caparazones de hermosos dibujos, alas diáfanas, ojos luminiscentes y demás— intentan imitar a nuestra especie colocándose sobre el cuerpo diversos ropajes multicolores, que ocultan sus partes generativas).

Pedimos perdón por nuestra metedura de pata, y preguntamos por sus propias prácticas sexuales. ¡Imaginaos nuestras náuseas y nuestra indignación cuando descubrimos que es el macho, y no la portadora de los huevos, quien más se valora entre ellos! Por anormal que os parezca, hermanas, sus líderes son en su mayoría machos, lo cual puede explicar su estado de barbarismo. Otra peculiaridad que debe ser resaltada es que, aunque con frecuencia las matan de muchas otras formas, raramente devoran a sus hembras después de la procreación. Esto es un desperdicio de proteína; pero son un pueblo derrochador.

Nos apresuramos a abandonar este tema tan espinoso.

Entonces les preguntamos si se convertían en crisálida. Aquí otra vez, como en el caso de la *ropa* —la vestimenta mencionada— destapamos un torpe intento de imitación de nuestra especie. En un punto indeterminado de sus ciclos vitales, se hacen colocar en capullos artificiales de piedra o madera, o sea, crisálidas. Creen que algún día saldrán de éstas en un estado diferente, que simbolizan en tallas de sí mismos con alas. Sin embargo, no observamos que ninguna de ellas lo hubiera conseguido en la realidad.

Vale la pena mencionar llegados a este punto que además de las muchas especies de mariposas nocturnas por las que es famoso entre nosotras, el Planeta de las Mariposas Nocturnas abunda en miles de variedades de criaturas que guardan parecido con nuestras antepasadas lejanas. Parece que uno de nuestros intentos de colonización —un intento tan distante que se ha perdido todo registro de él— debe haber fructificado. Sin embargo, estos seres, aunque numerosos e ingeniosos, son pequeños en tamaño y primitivos en su organización social, y los intentos de comunicarnos con ellos no fueron —o no han sido hasta el momento— demasiado fructíferos. Las criaturas de sangre les son hostiles, y emplean contra ellos muchos aerosoles venenosos, trampas y demás, aparte de un siniestro artefacto manual llamado *paleta de las moscas*. Es realmente angustioso ver cómo el grande y frenético blande uno de estos instrumentos de tortura contra el débil e indefenso; pero las reglas de la diplomacia prohíben nuestra intervención. (Por suerte las criaturas de sangre no entienden lo que nos decimos de ellas en nuestra lengua).

Pero a pesar de toda la maquinaria de destrucción dirigida contra ellas, nuestras parientes lejanas están plantando cara muy eficazmente. Comen de los cultivos y los rebaños e incluso de las criaturas de sangre; viven en sus casas, devoran su ropa, se esconden y prosperan en las mismas rendijas de sus suelos. Cuando las criaturas de sangre hayan logrado al fin sobrerreproducirse, como parecen empeñadas en hacer, o exterminarse unas a otras, podéis estar seguras de que nuestra especie, ya superior en número y adaptabilidad, estará llamada a ocupar el lugar prominente que es nuestro por derecho natural.

Esto no ocurrirá mañana, pero ocurrirá. Como sabéis, hermanas, somos, desde hace mucho tiempo, una raza paciente.

El gusto por los hombres

Es hora de que nos gusten los hombres otra vez. ¿Por dónde empezamos?

Tengo una preferencia personal por el nacimiento del cuello, por la palabra *nuca*, tan ligeramente velluda; tan diferente de la palabra *cogote*. Pero para la mayoría de nosotras, especialmente para las principiantes, lo mejor es empezar por los pies e ir subiendo. Empezar por la cabeza y todo lo que contiene sería demasiado doloroso y repentino. Luego está el ombligo, hoyuelo de nacimiento, donde nos desprendimos del tallo, algo que tenemos en común; puedes contemplarlo y decir, *él también es mortal*. Pero quedará peligrosamente cerca de esos cinturones y cremalleras que te causan tanta angustia, y lo que quieres es tranquilidad. Él es carnívoro, tú vegetariana. Eso es lo que tienes que superar.

Pues bien, los pies. Te doy los pies, inocuos en sus deditos rosa. Desgraciadamente te hacen pensar en calcetines, tirados por el suelo, esperando que alguien los recoja y los lave. Rápido, ponles zapatos. ¿Mejor? Ahora los calcetines están contenidos, y presumiblemente limpios.

Contemplas los zapatos, brillantes pero no en exceso —no quieres que este hombre sea un guarro desgreñado pero tampoco un repulido— y empiezas a tranquilizarte. Zapatos amables y civilizados, no negros sino de un elegante tono marrón. Nada de plataformas, ni de bicolores estridentes. Los zapatos bailan, con los pies dentro, primorosos, ligeros, disfrutas con esto, piensas en Fred Astaire, empiezan a gustarte los hombres. Piensas en besar esos pies, despacio, después de un buen lavado, claro; los pies expansionan los dedos, se estremecen de placer. Te gusta dar placer. Les pasas la lengua por la planta y de los pies sale un gemido.

Animada, empiezas a jugar. *Calzado*, piensas. Zapatos de golf, herbáceos y paternales, zapatillas blancas para jugar al tenis, ágiles y dulces, rápidas como liebres. Botas de trabajo, sólidas y fiables. No hay hombre bueno, dice

un refrán; pero alguno sí hay, ahora lo sabes. Alguien que sabe usar una sierra mecánica sin seccionarse la pierna. Qué alivio. Camisa de cuadros, lacónico, un poco escocés. Botas de goma para pisar el barro hasta la cuadra y salvar el ternerillo. Poderoso, callado y cuerdo. Saber qué hacer, hacerlo bien. *Sexy*.

Pero no sólo están las botas de goma. No quieres seguir pero no puedes evitarlo. Botas de montar, piensas, con su cosecha siniestra; pero no están tan mal, son extranjeras e históricas. Botas vaqueras, un par, plantadas en uve, plom, plom, en la Calle Mayor justo antes de sonar el disparo. Una espuela, en la entrepierna. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que…, pero ¿por qué esto? Botas nazis, tan pulidas que te ves la cara en la derecha, mientras la izquierda se eleva y el tacón desciende contra tu nariz. Ahora ves hilera tras hilera de botas, desfilando, desfilando; tu perspectiva está al nivel de la calle, porque estás tirada en el suelo. El poder es el poder de destrozar, dos te sujetan las piernas, dos las manos, el quinto te mete un instrumento puntiagudo por el cuerpo; una bayoneta, el cuello de una botella rota, y ni siquiera hay guerra, esto es un parque, con una zona infantil, minúsculos caballitos rojos y amarillos, es de día, hombres y mujeres te miran desde las ventanillas de sus vehículos cerrados. Más tarde el policía te preguntará qué hiciste para provocar esto. Las botas no fueron una idea genial.

Pero aunque todos los violadores sean hombres, no todos los hombres son violadores, te dices. Intentas desesperadamente retener la imagen del hombre al que amas y que también te gusta, pero ahora es una planicie color arena, no quedan casas en ningún sitio, hay columnas de humo ascendente, trincheras atestadas sin cuartel, cabezas con las caras pudriéndose, madres, recién nacidos, niños y niñas, hombres también, convirtiéndose en calaveras, ¿quién hizo esto? ¿Quién define el término *enemigo*? ¿Cómo pueden gustarte los hombres?

Aun así. Crees que es posible. Si no todos los hombres, al menos algunos, al menos dos, al menos uno. Supone un acto de fe. Ahí está su pie, asomando por debajo de las sábanas, dormido, desnudo como el día en que nació. El día en que nació. Puede que ahí tengas que volver, para seguir su rastro hasta aquí, su viaje, paso a paso. Para empezar. Una y otra vez.

Enamorada de Raymond Chandler

Un lío con Raymond Chandler, ¡qué placer! No por los cuerpos mutilados y los polis en escabeche y los indicios de sexo excéntrico, sino por su interés en la decoración. Él sabía que los muebles respiran y sienten, no como lo hacemos los humanos, sino de una forma más sofocada, como la palabra *tapicería*, con su olor a mugre y polvo, su regusto a luz filtrándose sobre tela raída, o al cuero ajado de los asientos y respaldos sobre los sillones de inmundos despachos. Pienso en sus sofás, rellenos hasta la redondez, cubiertos de satén azul pálido, como los ojos de las incorpóreas y frías rubias asesinas, latiendo muy despacio, como el corazón de los cocodrilos en su letargo invernal. Sus *chaises longues*, con sus maliciosos almohadones. También entendía de céspedes, y de invernaderos, y de interiores de coches.

Nuestro encuentro amoroso iría así. Nos encontraríamos en un hotel, o motel, caro o barato, eso no importa. Entraríamos en la habitación, cerraríamos la puerta, y empezaríamos a explorar la decoración, manoseando las cortinas, paseando los dedos por los espurios marcos dorados de los cuadros, por el mármol de verdad o el esmalte saltado del lavabo, lujoso o de mal gusto, inhalando el olor de las alfombras, el humo de cigarrillos viejos y la ginebra derramada y el sexo rápido y vacío, o bien el suntuoso y abstracto olor de los jabones transparentes importados de Inglaterra, esto no tendría importancia, lo que importaría sería nuestra respuesta a la decoración, y la respuesta de la decoración hacia nosotros. Sólo después de inhalar, tocar, frotar, revolcarnos y absorber la decoración de la habitación nos echaríamos el uno en brazos del otro, y sobre la cama (¿de dos metros? ¿color salmón? ¿de traqueteo delator? ¿estrecha? ¿de dintel? ¿con edredón antiguo? ¿con colcha de felpa verde lima?), dispuestos al fin a hacernos las mismas cosas el uno al otro.

Simples asesinatos

Él tenía un bigote fino, rapaz, y zapatos muy puntiagudos. Ella tenía los ojos verdes y el pelo de color de fuego. Él tenía una pitillera de plata y pulgares largos y brutales. Ella tenía una cicatriz en el pómulo y una risa amarga. Él tenía los ojos cándidos y azules de un querubín, mas la sonrisa sin alma de un diablo. Ella tenía un sombrero negro. Él tenía un gato negro. Todos iban disfrazados.

* * *

Él yacía de bruces sobre la fastuosa alfombra persa, con la empuñadura de la daga, incrustada de piedras preciosas, asomando entre sus impecablemente ataviados omóplatos. Ella estaba tendida sobre la cama revuelta en su *negligé* de nylon rojo, con las huellas lívidas de diez dedos enormes destacando en la garganta.

No. Vamos a empezar otra vez.

Estaba embalado en bolsas de basura verdes, atado con cuidado de la cabeza a los pies con una hilera de sus corbatas de vestir, y enterrado al fondo del jardín. Nunca le hubieran encontrado si al vecino no le da por arreglar el muro. Fue su mujer, con una sartén. Él llevaba años maltratándola.

En cuanto a la otra, la metieron en una picadora de carne y la congelaron en bolsitas de frigorífico con una etiqueta que decía *Cocido*. Su hija quería los cheques de la pensión. Me enteré de todo esto en una estación de ferrocarril británica, camino de Norwich, porque el tren venía con retraso. No se pueden inventar tales cosas.

* * *

Fue por culpa de las chocolatinas. Fue por culpa de los astros. Fue por culpa de una vida tras las rejas. Fueron las hormonas. Fue la radiación de los cables y los teléfonos. Fue su madre, que le decía *nunca llegarás a nada*. Fue porque era muy mala persona. Fueron los somníferos. Fueron los encajes, en la blusa, debajo de la chaqueta, sobre sus senos. Fueron los análisis de sangre. Fue el suspiro, el gemido, la mano en la rodilla. Fue el deseo, el cabreo, el aire de los tiempos.

Fue una coincidencia. Me equivoqué de frasco. Se me fue la mano. ¿Cómo iba yo a saber que estaba cargada?

Fue el miedo. Fue la voz fría, fría del gélido ángel, la voz de la oscuridad exterior, que me susurraba al oído.

⁎ ⁎ ⁎

Don Ciruelo, en el invernadero, con la llave inglesa. Ella vio la llave y dijo, *¿para qué quieres esa llave inglesa*? Y yo creí que quería follar. Así que la estrangulé.

⁎ ⁎ ⁎

Fueron los pelos del perro en el asiento del coche. Fue la mancha de sangre en la lámpara del techo. Fue la uña en el cubo. Fue la copa y el palacio. Fue la gallina que no hacía nada por la noche. Fue ese detalle que siempre olvidas, y por él te vendrán a buscar. *Ajá*, dirán. *Te creíste muy lista*. Ésta es la peor parte, justo antes de despertar.

⁎ ⁎ ⁎

Fue el corazón, el corazón pequeño, el taimado corazón demasiado pequeño, el corazón descompensado, el corazón empobrecido, el corazón que alguien dejó caer, el corazón partido. Fue el corazón el que creyó que necesitaba matar. Para que vieran. Para sentir. Para cerrar la herida. Para sentirse completo.

Iconografía

La quiere arreglada así. La quiere, arreglada. Lo arregla para quererla.

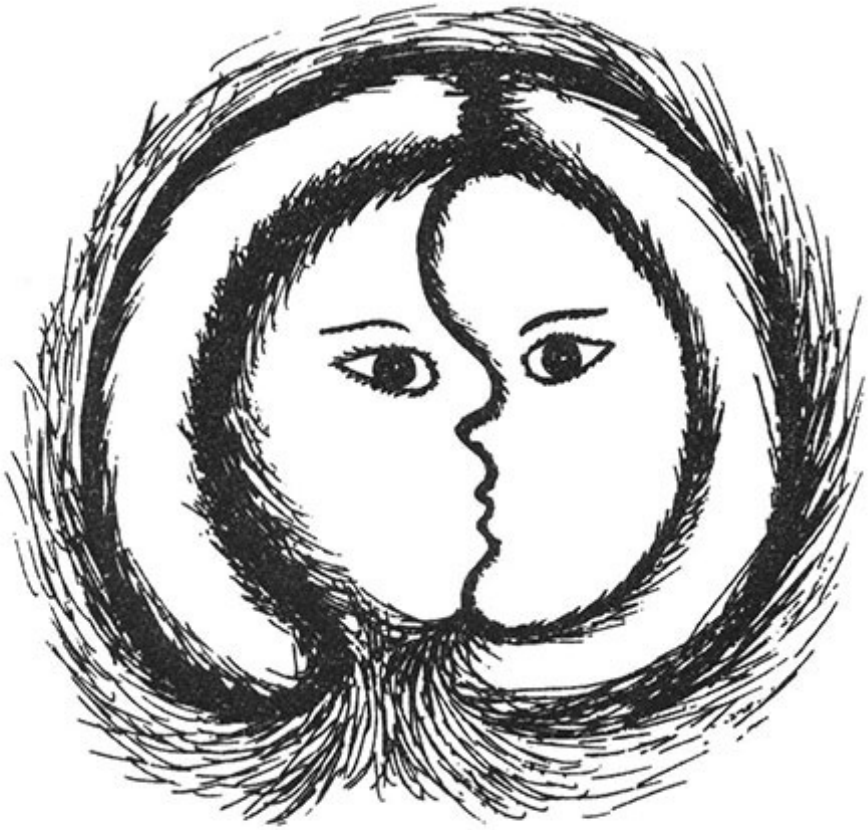
Éste es el arreglo que han hecho. Con ataduras, o cuerdas, medias, cinturones de cuero. ¿Qué más está arreglado? Muebles, flores. Para la contemplación y una disposición armoniosa de las partes que compongan un todo estético.

Hubo un tiempo en que a ella no debía gustarle. Tenerla en una posición que no le gustaba, eso era el poder. Hasta si le gustaba tenía que fingir que no. Después, tenía que gustarle. Hacerla hacer algo que no le gustaba y hacer que le gustase, eso era aún más poder. El poder más grande de todos es cuando en realidad no le gusta pero debería gustarle, así que tiene que fingir.

El que él esté haciendo que le guste o haciendo que le disguste o haciéndola fingir que le gusta es importante, pero no es lo más importante. Lo más importante es hacerla. Al completo, de la nada, nueva. De cero, como él quiere.

Nunca puede saberse si le gusta o no. A estas alturas ya no lo sabe ni ella. Lo único que se ve es la piel, esa sonrisa suya, forzada pero indeleble, como un tatuaje. Difícil saber, y ella nunca lo sabrá, no puede. No se meten en ello si no les gusta, dice él. Él tiene la última palabra. Él tiene la

Cuidado, obsérvate. Para eso son los espejos, y ésta es una historia de espejo, que rima con historia de miedo, casi, pero no del todo. Caemos en estos ritmos como si cayéramos en buenas manos.



Territorio extranjero

1.

Se concibe a sí mismo en territorio extranjero. Éste no es su campo, ¡es otro planeta! ¡Escucha! El discurrir de los ríos rojos, el susurro de hojas frescas al anochecer, siempre al anochecer, bajo las oscuras estrellas, y el vaivén del mar, lento y relajante, que se convierte en —¡sí!— los tambores de los nativos, sonando, sonando, más alto, más rápido, más bajo, más lento. ¿Son hostiles? Quién sabe, porque son invisibles.

Duerme y despierta, despierta y duerme, y de repente todo es movimiento y sufrir y terror y sale disparado dando boqueadas en una luz cegadora y un sitio más peligroso aún, donde escasea la comida y dos gigantes enormes guardan su cárcel de madera. Por más que grita, sacude los barrotes, nadie acude a liberarle. Uno de los gigantes es vocinglero y peludo, y tiene una vara grande; la otra camina más suavemente, pero tiene dos consuelos enormes, redondos y voluminosos, que egoístamente se niega a quitarse y regalarle a él. Ninguno de los dos se le parece y su lenguaje es incomprensible.

¡Alienígenas! ¿Qué puede hacer? Y para empeorar las cosas le rodean de animales —osos, conejos, gatos, jirafas— todos y cada uno disecados y evidentemente castrados, porque aunque mira por todas partes, como mucho tienen rabo. ¿Es éste el destino que los alienígenas le tienen reservado a él?

¿De dónde vine? pregunta, y no por última vez. *Saliste de mí,* dice la giganta voluminosa, cariñosamente, como si esto debiera complacerle. ¿De *dónde*? ¿De *qué*? Se tapa los ojos, cerrándolos a la desverdad, la vergüenza, el horror carnoso. ¡No se ha ni de pensar, no se ha de soportar!

No es de extrañar que a la primera oportunidad se escape por la ventana y se junte a una pandilla de exploradores, todos ellos exiliados, inmigrantes, como él. Juntos se embarcan en sus viajes solitarios.

¿Qué buscan? Su tierra natal. Su auténtico país. El lugar del que proceden, que obviamente no puede ser éste.

2.

Todos los hombres son iguales al nacer, según dijo alguien que era o muy optimista o muy malicioso. Cuánta ansiedad se podría haber ahorrado el mundo si tal personaje no hubiese abierto la boca.

Sigmund se equivocó en lo de la escena primaria: mamá y papá, versión ojo de cerradura. Ésa puede resultar inquietante, sí, pero hay otra:

Cinco tíos de pie al aire libre, meando en un montón de nieve, un río, los arbustos, fingiendo que no miran hacia abajo. O quizás *sin mirar* hacia abajo: mirando al cielo, a las estrellas, lo cual da origen a la astronomía. Cualquier cosa para evitar comparaciones, que no son tanto odiosas como intimidantes.

Y no sólo la astronomía: la física cuántica, la ingeniería, la tecnología láser, toda la numeración entre el cero y el infinito. Algo cómodamente abstracto, distanciado de ti; una transferencia hacia cualquier cosa de la obsesión con el tamaño. Señor, señor, lo miden todo: la altura de las pirámides, la velocidad de crecimiento de las uñas, la multiplicación de los virus, las arenas del mar, el número de ángeles que pueden bailar en la cabeza de un alfiler. Y de ahí sólo hay un pasito a demostrar que Dios es una ecuación matemática. No una persona. No un cuerpo. No lo quiera el cielo. No un cuerpo como el tuyo. Pegado a la tierra, dotado de tamaño y por lo tanto de dolor.

Cuando te sientas triste, tú sigue silbando. Sigue midiendo. No mires abajo.

3.

La historia de la guerra es una historia de cuerpos muertos. Eso es lo que es la guerra: cuerpos que matan otros cuerpos, cuerpos que son matados.

Algunos de esos cuerpos son de mujeres y niños, como efecto colateral, podríamos decir. Lluvia radiactiva, metralla, napalm, violación y ensartamiento, mecanismos antipersonas. Pero la mayor parte de los cuerpos muertos son hombres. También la mayor parte de los cuerpos que producen la muerte.

¿Por qué quieren los hombres matar los cuerpos de otros hombres? Las mujeres no quieren matar los cuerpos de otras mujeres. En general. Que sepamos.

Aquí van unas cuantas razones tradicionales: Pillaje. Territorio. Sed de poder. Hormonas. Subidón de adrenalina. Ira. Dios. Bandera. Honor. Indignación justificada. Venganza. Opresión. Esclavitud. Hambre. Defensa propia. Amor; o el deseo de proteger a las mujeres y niños. ¿De qué? De los cuerpos de otros hombres.

Lo que más temen los hombres no son los leones, ni las serpientes, ni la oscuridad, ni las mujeres. Ya no. Lo que más temen los hombres es el cuerpo de otro hombre.

Los cuerpos de los hombres son lo más peligroso que hay sobre la tierra.

4.

Por otro lado, podría argüirse que los hombres en realidad no tienen cuerpo. ¡Mira las revistas! Las revistas para mujeres tienen cuerpos de mujeres en la portada, las revistas para hombres tienen cuerpos de mujeres en la portada. Cuando los hombres aparecen en las portadas de las revistas, son revistas de dinero, o de noticias internacionales. Invasiones, lanzamientos de naves espaciales, golpes militares, tipos de interés, elecciones, descubrimientos médicos. *Realidad*. No *ocio*. Tales revistas sólo muestran las cabezas, las cabezas no sonrientes, las cabezas parlantes, las cabezas que toman decisiones, y quizás un atisbo, una recatada muestra de traje. ¿Cómo sabemos que hay un cuerpo, debajo de toda esa discreta sastrería de raya diplomática? No lo sabemos, y a lo mejor no lo hay.

¿Qué nos lleva a suponer esto? ¿Que las mujeres son cuerpos con cabezas adosadas, y los hombres son cabezas con cuerpos adosados? O no, según.

Puedes tener cuerpo si eres una estrella de *rock*, un atleta o un modelo gay. Como dije, *ocio*. Tener cuerpo no es del todo serio.

5.

O bien es de una seriedad abrumadora.

La cuestión está en que los cuerpos de los hombres no son fiables. Ahora sí, y ahora no, y ahí se queda el triunfo de la voluntad. Un hombre es la

marioneta de su cuerpo, o viceversa. Hacen tontos el uno del otro; el cuerpo le decepciona. O le pone en evidencia, en el momento menos oportuno. ¡Nada, mira por la ventana de la clase y recita la tabla de multiplicar, como si esto no estuviera pasando! Al menos la cara puede estar inmóvil. Más fácil tener un perrito amaestrado, que hace lo que quieres, nueve de cada diez veces.

La otra cuestión es: los cuerpos de los hombres son desmontables. Piensa en la historia de la escultura: las partes cruciales desaparecen con tal facilidad, por una revolución o por mojigatería o simple transporte, y se sustituyen con hojas, de higuera o de parra; o, en climas más nórdicos, de arce. El hombre y su cuerpo se desprenden fácilmente.

En los viejos tiempos, uno se hacía hombre a través de la sangre. Por incisiones, tatuajes, astillas de madera, por una herida íntima, y el negarse a pestañear. Por la paliza dada por los chicos mayores, en los dormitorios, con una pala de madera que te forzaban a tallar a ti. Los tormentos variaban pero todos eran tormentos. *Es un niño*, gritan extasiados. *¡Vamos a cortarle algo!*

Todas las mañanas me arrodillo y doy gracias a Dios por no haberme creado hombre. Un hombre tan encadenado a lo impredecible. Un hombre tan a merced de sí mismo. Un hombre tan inclinado a la tristeza. Un hombre, incapaz de fingirlo.

En la fisura entre deseo y acción, sustantivo y verbo, intención e inflicción, *querer* y *tener*, nace la compasión.

6.

Barbazul se escapó con la tercera hermana, inteligente aunque bella, y la encerró en su casa. *Todo lo que hay aquí dentro es tuyo, cariño*, le dijo. *Pero no abras la puerta pequeña. Aunque te daré la llave. Espero que no la uses*.

Lo creas o no, esta hermana estaba enamorada de él, aunque sabía que era un asesino en serie. Vagó por todo el palacio, pasando de las joyas y los vestidos de seda y los montones de oro. En cambio rebuscó en el botiquín y los cajones de la cocina, buscando huellas de la individualidad de su ser. Porque le quería, quería entenderle. También quería curarle. Creía que tenía mano de santa.

Pero no averiguó gran cosa. En el armario había trajes y corbatas y zapatos a juego y ropa de *sport*, y de golf, y una raqueta de tenis, y unos vaqueros para cuando quería recoger las hojas del jardín. Nada raro, nada escabroso, nada siniestro. Tuvo que admitir que le decepcionaba un poco.

Encontró a sus mujeres anteriores fácilmente. Estaban en el armario de las sábanas, cortaditas con esmero y planchadas planas, dobladas, guardadas entre bolas de alcanfor y lavanda. Los solterones adquieren habilidades domésticas de este estilo. Las mujeres no le causaron gran impresión, excepto la que se parecía a su madre. Ésa la sacó con guantes de goma y la echó disimuladamente al incinerador del jardín. *A lo mejor era su madre*, pensó. *Si lo era, buen viaje*.

Se leyó su amplia colección de libros de cocina, y preparó los platos que aparecían en las páginas más manoseadas. Durante la cena él fue la cortesía en persona, separándole la silla y ofreciéndole más vino y llevando la conversación hacia los temas del día. Ella dijo suavemente que le gustaría que hablase más de sus sentimientos. Él dijo que si ella tuviera los sentimientos que tenía él, tampoco querría mencionarlos. Esto la intrigó. Ahora estaba más enamorada y sentía más curiosidad que nunca.

Bueno, pensó, *lo he probado ya todo; o la puerta pequeña o nada. Al fin y al cabo, él me dio la llave*. Esperó hasta que se había ido a la oficina o a donde fuera, y se encaminó directa a la puerta. Al abrirla, cuál no sería su sorpresa al encontrar un niño muerto. Un niño pequeño muerto con los ojos abiertos de par en par.

Es mío, dijo él, acercándose por detrás. *Yo lo parí. Te avisé. ¿No estabas contenta conmigo?*

Se parece a ti, dijo ella, sin darse la vuelta, sin saber qué decir. Ahora veía claro que no estaba cuerdo en ninguna acepción conocida de la palabra, pero todavía esperaba salir de ésta a base de hablar. Su corazón era hielo seco.

Soy yo, dijo él con voz triste. No tengas miedo.

¿Adónde vamos? dijo ella, porque estaba oscureciendo, y de repente no había suelo bajo sus pies.

Más adentro, dijo él.

7.

Ésos. ¿Por qué les gustan a las mujeres? No tienen nada que ofrecer, ninguna de las cosas habituales. Tienen poca capacidad de concentración, ropa que se cae a trizas, coches viejos y hechos polvo, si los tienen. Los coches se averían, y tratan de arreglarlos, y fracasan, y lo dejan. Se van a dar largos paseos, de los que se olvidan de regresar. Prefieren las malas hierbas a las flores. Dicen mentirijillas triviales. Hacen trucos torpes con naranjas y

trocitos de cuerda, esperando desesperadamente que alguien se ría. No ponen la comida en la mesa. No ganan dinero. No lo hacen, no pueden, no quieren.

Nada ofrecen. Ofrecen el borrón y cuenta nueva de la nada, el cielo no visto en una tormenta de nieve, la oscura pausa entre luna y luna. Ofrecen su pobreza, un cuenco de madera vacío; el cuenco de un mendigo, cuyo don es pedir. Mira en él, mira en el fondo, donde el potencial se enrosca, agazapado, como el humo, y puedes oír cualquier cosa. Nada se ha dicho todavía.

Tienen cuerpos, no obstante. Sus cuerpos no son como los de otros hombres. Sus cuerpos se verbalizan. *Boca, ojo, mano, pie*, dicen. Sus cuerpos tienen peso, y se mueven sobre la tierra, paso a paso, como el tuyo. Como tú, dan vueltas en el barro caliente de la luz solar, como a ti, les asombra la mañana, como tú saborean el viento, como tú cantan. *Amor*, dicen, y en ese momento lo sienten, como tú también lo sientes. Saben decir *lujuria* también, y *asco*, si no no te fiarías de ellos. Dicen las peores cosas que se te hayan ocurrido. Abren puertas cerradas. Todo esto se les da gratis.

Tienen su ira. Tienen su desesperación, que les cubre como oleadas de tinta gris, anulándolos, dejándolos inmóviles años y años, en sillas de cocina metálicas, junto a ventanas cerradas, mirando los muros de ladrillo de fábricas abandonadas. Pero la nada está con ellos; les es fiel, y de ella vuelven con mensajes:

Dolor, dicen, y de repente sus cuerpos sienten dolor otra vez, como cuerpos de verdad. *Muerte*, dicen, haciendo que la palabra suene como la estela de una ola. Sus cuerpos mueren, y se desvanecen, y se vuelven niebla. Y sin embargo pueden existir en dos mundos a la vez: perdidos en la tierra o devorados por las llamas, y aquí. En esta habitación, donde vuelves a pronunciarlos, en sus propias palabras.

¿Pero por qué a las mujeres les gustan? No es que *les gusten*, debiera decir que *los adoran*. (Recuerda que a pesar de todo, a pesar de todo lo que te he dicho, los coches oxidados, el vestuario grasiento, la ausencia de desayunos y la inutilidad, siguen igual).

Porque si pueden decir sus propios cuerpos, podrían decir también el tuyo. Porque podrían decir *piel* como si significara algo, no sólo para ellos sino también para ti. Porque una noche, cuando la nieve esté cayendo y la luna esté oculta, podrían poner sus manos vacías, sus manos llenas de pobreza, sus manos de mendigo, sobre tu cuerpo, y bendecirlo, y decirte que está hecho de luz.

Mi vida como murciélago

1. Reencarnación

En mi vida anterior fui un murciélago.

Si las vidas anteriores te resultan graciosas o poco probables, no eres una persona seria. Considera: un gran número de personas creen en ellas, y si la cordura es un consenso general sobre el contenido de la realidad, ¿quién eres tú para estar en desacuerdo?

Considera también: las vidas anteriores han entrado en el mundo de los negocios. Se puede comerciar con ellas. *Tú fuiste Cleopatra, tú fuiste un duque flamenco, tú fuiste una sacerdotisa druida*, y el dinero cambia de manos. Si existe la bolsa, será que existen también las vidas anteriores.

En el mercado de vidas anteriores no hay la misma demanda de peones camineros peruanos que de Cleopatra; ni de limpialetrinas indios, o de amas de casa viviendo en casitas de California en 1952. Igualmente, no muchos elegimos recordar nuestras vidas como buitres, arañas, o roedores, pero algunos sí lo hacemos. Los pocos afortunados. La sabiduría convencional dice que la reencarnación en un animal es un castigo por nuestros pecados anteriores, pero a lo mejor resulta que es una recompensa. Al menos un lugar de reposo. Un interludio de gracia.

Los murciélagos tienen que aguantar unas cuantas inconveniencias, pero no infligen. Cuando matan, matan sin piedad, pero sin odio. Son inmunes a la maldición de la compasión. Nunca se regodean.

2. Pesadillas

Tengo pesadillas recurrentes.

En una, cuelgo del techo de una casa de verano, mientras un hombre de cara enrojecida, pantalón corto blanco y camiseta blanca de escote en pico pega saltos intentando atizarme con una raqueta de tenis. Hay vigas de cedro aquí arriba, y tiras antimoscas pegajosas, sujetas con chinchetas, colgando como algas tóxicas. Desde arriba diviso la cara del hombre, achatada y sudorosa, los ojos saltones, azules, la boca que emite un ruido furibundo, subiendo como una boya marina, hundiéndose otra vez, elevándose como impulsada por una corriente de aire.

El aire en sí está cargado, el sol desciende; va a haber tormenta. Una mujer chilla, *¡ay, mi pelo! ¡Mi pelo!*, y otra voz grita: *¡Anthea! ¡Trae la escalera!* Sólo quiero escapar por el agujero de la tela metálica, pero necesito concentración, y es difícil con este barullo de voces, producen interferencias en mi ultrasonido. Huele a alfombra de baño sucia: es su aliento, el aliento que sale de cada uno de sus poros, el aliento del monstruo. Tendré suerte si salgo viva de ésta.

En otra pesadilla voy dando al ala —revoloteando, podríamos decir— por la semiluz recién lavada que precede al alba. Estoy en el desierto. La yuca está en flor, y me he dado un festín de jugos y polen. Voy camino de mi casa, de mi cueva, donde estará fresco durante el sol abrasador del día y habrá un murmullo de agua discurriendo por la caliza, bañando la roca en un susurro reluciente, con la humedad de los champiñones nuevos, y los demás murciélagos piarán y batirán las alas, y dormitarán hasta que la noche se despliegue otra vez y torne el ardiente cielo en espacio tierno para nosotros.

Pero cuando llego a la entrada de la cueva, está sellada. Está cerrada por dentro. ¿Quién puede haber hecho esto?

Vibro las alas, olisqueando la superficie, ciega como una mariposa nocturna deslumbrada por la luz. Dentro de muy poco, el sol se elevará como un globo ardiendo y yo caeré fulminada por su resplandor, reducida a unos huesos menudos, disecados.

¿Quién dijo que la luz era la vida y la oscuridad la nada?

Para algunos, las mitologías son diferentes.

3. Películas de vampiros

Me percaté de la naturaleza de mi vida anterior de forma gradual, no sólo a través de los sueños, sino de retazos de memoria, de indicios, de momentos dispersos de reconocimiento.

Estaba mi preferencia por las sutilezas del alba y el ocaso, en contraste con el vulgar resplandor de la hora del mediodía. Estaba mi experiencia de *déjà vu* en las Cavernas de Carlsbad: vi claro que yo había estado allí antes, mucho antes, antes de que pusieran los focos de luz en colores pastel, y los nombrecitos cursis a las estalactitas y el restaurante subterráneo donde se puede combinar claustrofobia e indigestión y luego coger el ascensor para salir.

También estaba mi aversión a las cabezas llenas de pelo humano, tan parecidas a las redes o a los tentáculos de las medusas venenosas: temía los enredos. Un murciélago verdadero nunca chuparía la sangre de una garganta. La garganta está demasiado cerca del pelo. Hasta el murciélago vampiro elegirá una extremidad calva —por gusto—, un dedo del pie, por su parecido con la ubre de una vaca.

Las películas de vampiros siempre me han parecido irrisorias, no sólo por eso, sino por la memez de sus murciélagos: murciélagos enormes, gomosos, de ojos encarnados como luces de navidad y colmillos cual tigre de Bengala, que entran por el aire colgados de hilos, batiendo torpemente alas de marioneta, como pájaros obesos y degenerados. Yo gritaba en estos momentos fílmicos, pero no de miedo; más bien de risa indignada, ante el insulto a los murciélagos.

¡Oh Drácula, improbable héroe! Oh leucemia voladora, con tu capa a lo paraguas viviente, membrana de cuero negro que despliegas desde tu regazo y elevas como abanico de *striptease* mientras te inclinas con lujuria demacrada sobre la garganta, inmaculada y endeble, de cualquier mujer deseosa de anulación, aquí y ahora, en su mejor salto de cama. ¿Por qué te fue dado, por quienquiera que te robase el alma, transformarte en murciélago o lobo, y sólo en eso? ¿Por qué no un vampiro-ardilla, o pato, o hámster? ¿Por qué no un vampiro-tortuga? Eso sí que sería un guión interesante.

4. El murciélago como arma letal

Durante la Segunda Guerra Mundial hicieron experimentos con murciélagos. Iban a soltar miles de murciélagos sobre ciudades alemanas, a mediodía. Cada uno iba a llevar un pequeño dispositivo incendiario atado a él, con un mecanismo de relojería. Los murciélagos habrían buscado la oscuridad, como es habitual en ellos. Se habrían colado por los agujeros de las paredes, ocultado bajo los aleros de los tejados, aliviados de encontrarse

seguros. En el momento preciso habrían explotado, y las ciudades habrían ardido en llamas.

Ése era el plan. Muerte por murciélago en llamas. Los murciélagos también habrían muerto, claro. Megamuertes aceptables.

Las ciudades ardieron en llamas en todo caso, pero no gracias a los murciélagos. Se había inventado la bomba atómica, y el murciélago ardiente no se consideró necesario.

Si al final se hubiesen utilizado los murciélagos, ¿habría un monumento de guerra en su honor? No es probable.

Si preguntas a un ser humano qué le produce un respingo mayor, un murciélago o una bomba, te dirá que un murciélago. Es difícil sentir aversión por algo meramente metálico, por amenazador que resulte. Reservamos esos sentimientos para los que tienen piel y carne: una piel, una carne, distintas a las nuestras.

5. Belleza

A lo mejor no es mi vida de murciélago la que fue el interludio. A lo mejor es esta vida. A lo mejor he sido enviada en mi forma humana, como si de una misión peligrosa se tratara, para salvar y redimir a mi propia gente. Cuando haya obtenido un éxito moderado, o muerto en el intento —el fracaso, en tal misión y con tan escasas perspectivas, es más probable— naceré otra vez, en esa otra forma, ese otro mundo al que realmente pertenezco.

Cada vez más, pienso en ese momento con anticipación. La rapidez del latido, la vivida inmersión en los néctares de las flores crepusculares, cerniéndome en el infrarrojo de la noche; el húmedo, perezoso dormitar del día, los cuerpos redondos y suaves como ciruelas peludas, apiñándose a mi alrededor, las madres lamiendo las caras diminutas y asombradas de los recién nacidos; el veloz amor de lo que sigue, las anticipaciones de la lengua y de la nariz, nariz replegada, ondulada, apergaminada, nariz cual hoja muerta, nariz cual rejilla de radiador, nariz de morador de Plutón.

Y por la noche, el himno supersónico de alabanza a nuestro Ser Supremo, que creó los murciélagos, que se nos aparece en forma murciélaga y que nos dio todas las cosas: el agua y la piedra líquida de las cuevas, el refugio leñoso de los áticos, los pétalos y la fruta, y los jugosos insectos, y la belleza de

nuestras alas escurridizas y nuestros caninos blancos afilados y ojos refulgentes.

¿Por qué rezamos? Rezamos por que haya comida, como todo el mundo, y por la salud y multiplicación de nuestra especie; y por librarnos del mal, que no alcanzamos a explicarnos, que es cabecipeludo y camina por la noche con un único ojo blanco y ciego, y apesta a carne mal digerida y anda sobre dos patas.

Diosa de las cuevas y grutas: bendice a tu pueblo.

Embolado

Aquí viene el futuro, rodando hacia nosotros como un meteorito, un satélite, una gigantesca bola de nieve fabricada en hierro, un camión de dos toneladas en el carril de sentido contrario, bajando la cuesta sin frenos a toda velocidad, y ¿quién tiene la culpa? No hay tiempo para discutirlo. Parpadea, y está aquí.

¡Qué redondo, qué firme, qué perfectamente embalado este futuro! ¡Qué producto de la mano del hombre! ¡Qué maravillas contiene, sobre todo para quien se lo puede permitir! Son los elegidos, y por sus frutos los conoceréis. Sus frutos son las fresas, y las ciruelas enanas y las uvas, cosas que se pueden cultivar junto a las verduras hidropónicas y las plantas ornamentales que absorben toxinas, en un espacio relativamente reducido. El espacio está muy solicitado; el espacio habitable, se entiende. Todo espacio no habitable se considera muerto.

El espacio habitable se encuentra bajo la majestuosa cúpula de recreo, la cúpula de trabajo-y-ocio, la transparente cúpula-burbuja que no deja pasar los mortales rayos cósmicos y la lluvia de ácido sulfúrico y el aire que ya no es. No es aire, quiero decir. Puedes mirar al exterior, naturalmente: observar cómo el sol, rojo a todas las horas del día, se eleva sobre la roca pelada y las arenas fluctuantes, recorre la roca pelada y las arenas fluctuantes, se pone sobre la roca pelada y las arenas fluctuantes. Los efectos de luz son algo especial.

Pero respirar queda descartado. Eso lo tienes que hacer aquí dentro, y cuanto más rico, mejor lo haces. Un dúplex cuesta un ojo; en tercera clase, como sardinas, y créeme que apesta. Bueno, según dicen, hay una cantidad fija para repartir, y el mundo no iría bien si todos tuviéramos lo mismo. No habría aliciente para hacer el trabajo preciso, los sacrificios precisos, subir

peldaño a peldaño, a donde, según se cree, aún crecen las fresas de color rosa pálido y las zanahorias de color amarillo pálido.

¿Qué más se come? Bueno, ya no hay hamburguesas. Las vacas ocupaban mucho espacio. Gallinas y conejos aún se crían, acá y allá; se reproducen rápidamente, y son pequeños. Ratas, naturalmente, en los niveles bajos, si logras cazarlas. Piensa en la tierra como un barco del siglo dieciocho, con polizones pero sin puerto de destino.

Ni que decir tiene que no hay peces. No queda ni uno en toda esa agua sucia que chapotea en los océanos y por las ruinas de lo que un día fue Nueva York. Si estás forrado puedes ir a hacer submarinismo en la zona, de vacaciones. Viaje en burbuja. Sumérjase en el encanto de una era pasada. Pero todo tiene su lado bueno. Ya no hay delincuencia juvenil. Considéralo un incentivo.

Volviendo al tema de la comida, que siempre suscitará interés. ¿Qué ponemos para cenar? ¿Brotes de soja, de cabo a rabo? Aparte de las guarniciones descoloridas y los entrantes de corazón de gallina, ¿cuál es la fuente principal de proteína?

Piensa en la tierra como un bote salvavidas del siglo diecinueve, con náufragos pero sin rescatadores. Después de un rato, se te acaba la comida, se te acaba el agua. Se te acaba todo menos tus compañeros de viaje.

¿Para qué andarse con remilgos? Digamos simplemente que hemos aprendido por las malas la lección del desperdicio. O digamos que todos aportaremos nuestro granito de arena al bienestar común, tarde o temprano.

Se hace por ordenador. Por cada nacimiento tiene que haber una muerte. Todo triturado, claro. Nada reconocible: dedos, por ejemplo. Piensa en la tierra como una bola dura, de piedra, desprovista, a espátula, de toda vida. Hay ventajas: ya no hay mosquitos, no encuentras caca de pájaro en el coche. La cara optimista es un instrumento de supervivencia. Así que míralo por esa cara.

Estoy siendo innecesariamente brutal, me dices. Demasiado brusca, demasiado gráfica. Quieres que las cosas sigan como están, cinco comidas sólidas al día, juguetes nuevos de plástico, las ruedas de la economía engrasadas y en movimiento, el día de cobro como de costumbre, el humo subiendo por la chimenea como hizo siempre. No te gusta este futuro.

¿No te gusta este futuro? Apágalo. Pide otro. Devuélvelo al remitente.

Pan

Imagínate un trozo de pan. No tienes que imaginártelo, está aquí mismo en la cocina, encima de la tabla, en su bolsa de plástico, junto al cuchillo del pan. El cuchillo es antiguo, lo encontraste en una subasta; lleva la palabra PAN grabada en el mango de madera. Abres la bolsa, tiras del envoltorio, te cortas una rebanada. Le pones mantequilla, luego manteca de cacahuete, luego miel, y la doblas. Se te escurre un poco de miel por los dedos y te los lames. Tardas como un minuto en comerte el pan. En este caso es pan integral, pero también hay pan blanco, en la nevera, y un cuerno de un pan de centeno que te compraste la semana pasada, entonces redondo como un estómago lleno, ahora poniéndose mohoso. De vez en cuando haces pan. Te lo tomas como algo relajante que hacer con las manos.

* * *

Imagínate una hambruna. Ahora imagínate un trozo de pan. Ambas cosas son reales, pero resulta que tú estás en la habitación con una sola. Ponte en una habitación distinta, para eso está la mente. Estás tumbada sobre un colchón fino en una habitación caliente. Las paredes son de tierra seca y tu hermana, que es más joven que tú, está en la habitación contigo. Está muriéndose de hambre, tiene el vientre hinchado, las moscas se le posan en los ojos; se las apartas con la mano. Tienes también un trapo, muy sucio pero húmedo, y se lo pones en los labios y la frente. El trozo de pan es el pan que has estado guardando, desde hace días, parece. Tienes tanta hambre como ella, pero no estás aún tan débil. ¿Cuánto dura esto? ¿Cuándo llegará alguien con más pan? Se te ocurre ir a ver si encuentras algo que se pueda comer, pero las calles están infestadas de personas buscando entre basura, y el hedor de los cadáveres lo invade todo.

¿Debes compartir el pan o dar el trozo completo a tu hermana? ¿Debes comerte el trozo de pan tú? Al fin y al cabo, tienes más probabilidades de sobrevivir, estás más fuerte. ¿Cuánto se tarda en decidir?

⁎ ⁎ ⁎

Imagínate una cárcel. Sabes algo que aún no has dicho. Los que controlan la cárcel saben que lo sabes. También lo saben los que no la controlan. Si lo dices, treinta o cuarenta o cien de tus amigos, tus camaradas, serán apresados y morirán. Si te niegas, esta noche será como la pasada. Siempre eligen la noche. Sin embargo, no piensas en la noche, sino en el trozo de pan que te ofrecieron. ¿Cuánto se tarda? El trozo de pan era de color tostado, y fresco, y te recordó la luz del sol sobre un suelo de madera. Te recordó un cuenco, un cuenco amarillo que había en tu casa. Contenía manzanas y peras; estaba sobre una mesa que también recuerdas. No es el hambre ni el dolor lo que te mata, sino la ausencia del cuenco amarillo. Si pudieras tener ese cuenco en las manos, ahora mismo, podrías soportarlo todo, te dices. El pan que te ofrecieron es subversivo, es traicionero, no significa vida.

⁎ ⁎ ⁎

Hubo una vez dos hermanas. Una era rica y no tenía hijos, la otra tenía cinco niños y era viuda, tan pobre que no le quedaba comida. Fue a su hermana y le pidió un bocado de pan. *Mis hijos se mueren*, le dijo. La hermana rica le dijo *no tengo bastante para mi*, y la alejó de la puerta. Entonces el marido de la hermana rica llegó a casa y quiso cortarse un trozo de pan; pero cuando dio el primer tajo, brotó sangre roja.

Todo el mundo supo lo que significaba.
Éste es un cuento de hadas alemán.

⁎ ⁎ ⁎

La barra de pan que he conjurado para ti flota medio metro por encima de la mesa de la cocina. La mesa es normal, no hay trampillas secretas. Un paño de cocina azul flota debajo del pan, y no hay hilos que aten la tela al pan ni el pan al techo ni la mesa a la tela, lo has demostrado pasando la mano por encima y por debajo. Pero no tocaste el pan. ¿Qué te lo impidió? No quieres saber si el pan es real o si es una alucinación que te he hecho ver camelándote de algún modo. No cabe duda de que ves el pan, hasta lo hueles, huele a

levadura, y parece bien sólido, tan sólido como tu propio brazo. Pero ¿puedes fiarte de él? ¿Puedes comértelo? No quieres saber, imagínate eso.

Aterrizaje

1.

¿Por dónde empiezo? Al fin y al cabo, tú nunca has estado allí; o si has estado, puedes no haber comprendido el significado de lo que viste, o creíste ver. Una ventana es una ventana, pero se puede mirar hacia fuera y hacia dentro. El nativo que atisbaste, desapareciendo detrás de la cortina, o entre el matorral, o por la alcantarilla en la calle mayor —mi gente es tímida— puede haber sido sólo tu reflejo en el cristal. Mi país se especializa en tales ilusiones ópticas.

2.

Permíteme que me proponga como habitante típico. Camino con el cuerpo erguido sobre dos extremidades, y tengo además dos brazos, con diez apéndices, es decir, cinco al final de cada uno. En la parte alta de la cabeza, aunque no por delante, crece un elemento extraño, una especie de alga marina. Algunos creen que es un tipo de pelaje, otros lo consideran plumas evolucionadas, derivadas quizás de escamas como las de los lagartos. No tiene ninguna función específica, y es probablemente decorativo.

Tengo los ojos situados en la cabeza, que también posee dos orificios pequeños de entrada y salida de aire, el fluido invisible en el que flotamos, y un orificio mayor, equipado con protuberancias llamadas dientes, por medio de los cuales destruyo y asimilo ciertas partes de mi entorno y las transformo en mi propio cuerpo. Esto se denomina comer. Las cosas que como incluyen raíces, bayas, frutos secos, fruta fresca, hojas, y el tejido muscular de diversos

animales y peces. Por regla general no como insectos, larvas, ojos, ni morros de cerdo, aunque estas cosas se engullen con deleite en otros países.

3.

Algunos de mis congéneres tienen un apéndice externo puntiagudo pero sin hueso, por delante, debajo del ombligo o punto central. Otros no lo tienen. El debate sobre si la posesión de tal apéndice es una ventaja o una desventaja sigue abierto. Si esta pieza falta, y en su lugar existe una bolsa o caverna interior en la que se cultivan miembros nuevos de nuestra comunidad, se considera de mala educación mencionarlo abiertamente ante desconocidos. Te lo advierto porque es una descortesía en la que caen con frecuencia los turistas.

En algunas de nuestras reuniones más privadas, la ausencia de caverna o espolón se obvia discretamente, como los pies deformes o la ceguera. Pero a veces un espolón y una caverna colaboran en un baile, o ilusión, utilizando espejos y agua, lo cual siempre es fascinante para los intérpretes pero con frecuencia grotesco para los observadores. He notado que tenéis costumbres similares.

Se han dedicado convenciones completas y se ha invertido gran cantidad de tiempo en discutir este estado de cosas. Las personas con espolón dicen a las personas con caverna que estas últimas no son ni siquiera personas y que en realidad son más parecidas a perros o patatas, y las personas con caverna insultan a las de espolón por su obsesión con las imágenes de meter, envainar, espetar y clavar. Cualquier objeto largo con un orificio en el extremo, desde el cual pueden dispararse diversos proyectiles, les cautiva.

Por mi parte —soy una persona con caverna— encuentro un gran alivio en no tener que preocuparme de andar saltando alambradas o de pillarme con la cremallera.

Pero basta ya de nuestra forma corporal.

4.

En cuanto al país en sí, permíteme empezar con las puestas de sol, que son largas y rojas, resonantes, espléndidas y melancólicas, sinfónicas, se podría decir; en contraste con las puestas de sol insulsas y cortas de otros países,

poco más interesantes que un interruptor de luz. Estamos orgullosos de nuestras puestas de sol. *Ven a ver la puesta de sol*, nos decimos unos a otros. Esto hace que todo el mundo se precipite hacia la calle o a mirar por la ventana.

Nuestro país es grande en extensión y pequeño en población, lo cual explica nuestro miedo a los espacios vacíos, y también nuestra necesidad de los mismos. Gran parte de él está cubierto de agua, lo que explica nuestro interés en los reflejos, en las desapariciones repentinas, en la disolución de una cosa en otra. Otra gran parte, sin embargo, es roca, lo que explica nuestra creencia en el Destino.

En el verano nos tumbamos bajo el sol ardiente, casi desnudos, cubriendo la piel de grasa e intentando ponernos de color rojo. Pero cuando el sol está bajo en el cielo, y palidece incluso a mediodía, el agua que tanto nos gusta se convierte en algo duro y blanco y frío, y cubre el suelo. Nos tapamos bien, nos volvemos letárgicos, y pasamos gran parte del tiempo escondidos en grietas. Nuestras bocas menguan y decimos poco.

Antes de ocurrir esto, las hojas de muchos de nuestros árboles se vuelven de color rojo sangre o amarillo chillón, mucho más deslumbrante y más exótico que el interminable verde de las junglas. Este cambio nos parece de gran belleza. *Ven a ver las hojas*, decimos, y nos metemos en nuestros vehículos de transporte y vamos de acá para allá, pasando bosques de árboles sanguinarios, aplastando los ojos contra el cristal.

Somos una nación de metamorfos.

Todo lo que es rojo nos arrastra.

5.

A veces nos quedamos tumbados, quietos, sin movernos. Si el aire aún entra y sale por los orificios de respiración, esto se llama sueño. Si no, se llama muerte. Cuando una persona ha alcanzado la muerte, se celebra una especie de merienda, con música, flores y comida. A la persona a quien así se honra, si está en una pieza, y no hecha trizas o descomponiéndose, como ocurre si ha explotado o lleva mucho tiempo ahogada, se la viste con ropa favorecedora y se la mete en un agujero en la tierra, o se la quema.

Estas costumbres están entre las más difíciles de explicar a los extraños. Algunos de nuestros visitantes, especialmente los jóvenes, nunca han oído hablar de la muerte y se quedan perplejos. Creen que la muerte es una más de

nuestras ilusiones, uno de nuestros trucos con espejos; no pueden entender por qué, con tanta comida y música, la gente está triste.

Pero tú lo entenderás. Vosotros también debéis de tener la muerte entre vosotros. Lo veo en tus ojos.

6.

Lo veo en tus ojos. Si no fuera así, hace tiempo que habría dejado de intentar comunicarme contigo en esta lengua intermedia que es tan difícil para ambas, que agota la garganta y llena la boca de arena; si no fuera así, me habría ido, habría regresado. Este conocimiento de la muerte es lo que compartimos, es donde nos solapamos. La muerte es nuestro terreno común. Juntos, sobre ella, podemos avanzar.

A estas alturas debes haberlo adivinado: vengo de otro planeta. Pero nunca te diré *llévame ante tus dirigentes*. Ni siquiera yo —poco acostumbrada como estoy a vuestras maneras— cometería tal error. Nosotros también tenemos seres así entre nosotros, hechos de engranajes, trozos de papel, discos pequeños de metal brillante, retazos de tela de colores. No necesito conocer a ninguno más.

En cambio te diré: llévame ante tus árboles. Llévame ante tus desayunos, tus puestas de sol, tus malos sueños, tus zapatos, tus sustantivos. Llévame ante tus dedos; ante tus muertes.

Ésos sí valen la pena. Eso es lo que vine buscando.

La página

1. La página espera, simulando estar en blanco. ¿Es ése su atractivo, su vacío? ¿Hay alguna otra cosa tan lisa y blanca, tan aterradoramente inocente? ¿Una nevada, un glaciar? Es un desierto, totalmente árido, sin vida. Pero la gente se aventura a entrar en tales sitios. ¿Por qué? ¿Para ver cuánto pueden soportar, cuánta luz seca?

2. He dicho que la página es blanca, y lo es: blanca como los vestidos de boda, las ballenas escasas, las gaviotas, los ángeles, el hielo y la muerte. Algunos dicen que, como la luz del sol, contiene todos los colores; otros, que es blanca porque está caliente, y te quemará los nervios ópticos; que los que se quedan contemplando la página demasiado tiempo se quedan ciegos.

3. La página en sí misma no tiene dimensiones ni instrucciones. No hay arriba ni abajo salvo los que marques tú, no hay grosor ni peso salvo los que tú pones, norte y sur no existen si tú no estás segura. La página carece de vistas y sonidos, de centros y bordes. Por esta razón puedes perderte en ella para siempre. ¿Nunca has visto la expresión de gratitud, la expresión de felicidad, en la cara de los que han logrado volver de la página? A pesar de su debilidad, de su pérdida de sangre, caen de rodillas, hincan las manos en la tierra, se agarran a los cuerpos de los que aman, o en un apuro, a cualquier cuerpo que pillen, con una urgencia desconocida para quienes nunca han experimentado el horror de un viaje a la página.

4. Si decides adentrarte en la página, lleva un cuchillo y cerillas, y algo que flote. Lleva algo a lo que puedas agarrarte, y un prisma para dividir la luz y un talismán que funcione, colgando de una cadena al cuello: eso es para volver. El tipo de calzado no importa, pero las manos han de estar desnudas.

Nunca debes entrar en la página con los guantes puestos. Tales decisiones, ni que decir tiene, no se toman a la ligera.

Los hay, claro, que entran en la página sin decidir, sin querer. Entre éstos, los hay con mucha suerte, que no encuentran ningún problema, pero la mayor parte nunca más logra salir. Para ellos, la página parece un pozo, una bella laguna donde aciertan a ver una cara, la suya, pero mejor. Estos desventurados no saltan: más bien se caen, y la página se cierra sobre sus cabezas sin un sonido, sin cesura, y está inmediatamente tan completa y vacía, tan cristalina, tan seductora como antes.

5. La pregunta sobre la página es: ¿qué hay debajo? Parece tener sólo dos dimensiones, puedes cogerla y darle la vuelta y el dorso es igual que la cara. Nada, dices, decepcionada.

Pero estabas mirando donde no era, estabas mirando *detrás*, en lugar de *debajo. Bajo la página*, eso es otra historia. Bajo la página hay una historia. Bajo la página está todo lo que ha ocurrido, la mayor parte de lo cual preferirías no oír.

La página no es un pozo sino una piel, y una piel está ahí para contener y te siente cuando la tocas. ¿Creíste de verdad que se quedaría quieta sin hacer nada?

Toca la página bajo tu propia responsabilidad: eres tú el intacto e inocente, no la página. Aun así, quieres saber, nada te detiene. Tocas la página, es como si la hubieses atravesado a cuchillo, ahora la página está herida, se abre una grieta sinuosa, una incisión fina. De ella mana oscuridad.

Un ángel

Sé cómo es el ángel del suicidio. La he visto varias veces. Anda por ahí.

No es como las figuras de ángeles que encuentras acá y allá, las de las pinturas clásicas, con sus rizos y larguísimas pestañas, o las de las postales de navidad, figuras cursis y blancas. Se da mucha importancia en estas representaciones a los pies, que siempre están desnudos, supongo que para demostrar que los ángeles no necesitan zapatos: caminantes sobre clavos y brasas, todos ellos, corazones de aspirina, cabezas de semilla de diente de león, cuerpos de aire.

No así el ángel del suicidio; ella es densa, pesada de antimateria, una estrella oscura. Pero a pesar de las diferencias, tiene algo en común con esos otros. Todos los ángeles son mensajeros, y ella también; lo que no quiere decir que todos los mensajes sean buenos. Los ángeles varían según lo que tienen que decir: el ángel de la ceguera, por ejemplo, el ángel del cáncer de pulmón, el ángel de los ataques, el ángel destructor. Este último también es un champiñón.

(Angeles de nieve, los has visto: la fría, vacía forma de ti misma, la silueta que una vez rellenaste. También son mensajeros, vienen del futuro. Esto es lo que serás, dicen, quizás lo que eres: sólo el modo en que la luz cae sobre un espacio dado).

Los ángeles vienen en dos modelos: los otros, y los que cayeron. El ángel del suicidio es una de las que cayó, atravesando la atmósfera hasta la superficie de la tierra. ¿O habrá saltado? Con ella nunca se sabe.

En todo caso, fue una caída muy larga. De la fricción con el aire, la cara se le derritió como la piel de un meteoro. Por eso el ángel del suicidio tiene el rostro tan liso. No tiene cara que contar. Tiene la cara de un huevo gris. Indefinida; aunque el brillo de la caída perdura.

Dijeron, toda la pandilla, *no quiero servir*. El ángel del suicidio es una de esas: una camarera rebelde. Rebelión, eso es lo que tiene que ofrecerte, a ti, cuando la ves llamándote por la ventana, a cincuenta pisos de altura, o en el borde de un puente, o tendiéndote algo, algún emblema de liberación, sustancia química suave, metal rápido.

Las alas, claro. No le creerías ni una palabra si no fuera por las alas.

Tridiestro

La tercera mano es la que aparece estampada en grasa de oso y ocre, en carbón y sangre, en las paredes de cuevas de hace cinco mil años; y en azul, en las jambas de las puertas, para proteger del mal. Cuelga del cuello, de una cadena de plata, apuntando con el pulgar; o bien, con el dedo índice extendido, y con su muñeca de oro sujeta a la empuñadura de ébano, avanza acariciando el camino textural, de Aleph a Omega. En las iglesias acecha entre los relicarios, huesuda y enjoyada, o aparece abruptamente entre nubes al fresco, enorme y severa y significativa, penetrante como un grito: ¡Pecado! Menos elegante, incluso banal, y grabada en una placa metálica, nos da órdenes: SALIDA, nos indica. SUBIDA, BAJADA.

Pero esto son sólo dibujos: roles, disfraces, imágenes captadas, que en modo alguno la contienen. ¿Contienen las imágenes del amor al amor?

(El hombre y la mujer caminan por la calle, cogidos de la mano apasionada; pero ¿de quién es esa mano realmente? Es la tercera mano la que sujetan, no la de la persona amada. Es la tercera mano la que los une, la tercera mano la que los separa).

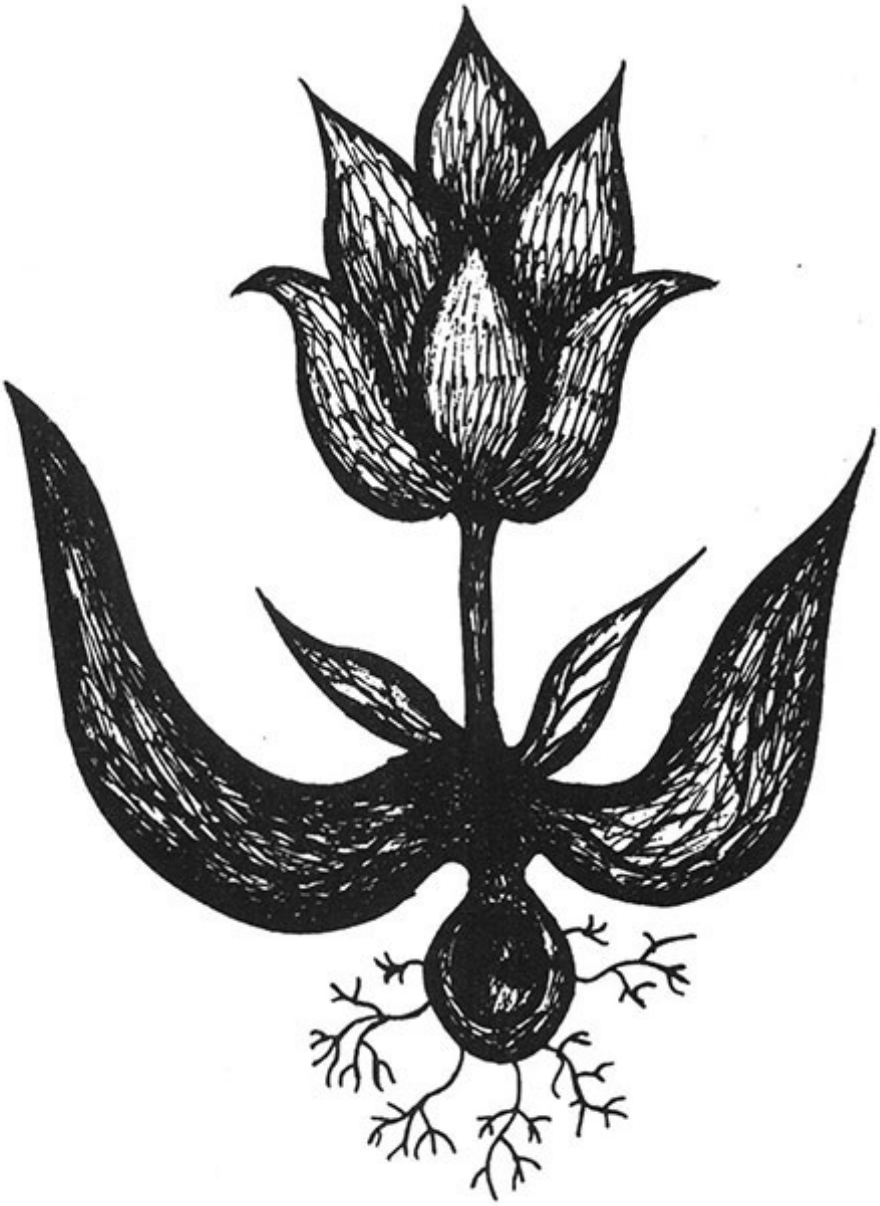
La tercera mano no es ni derecha ni izquierda, diestra o siniestra. Piensa en un hombre pillado in fraganti, con las manos en la masa, como dicen. Proclama su inocencia, y ¿por qué no creerle? *¿Qué hacha?*, dice. *No sabía lo que estaba haciendo, no fui yo, y mira, ¡tengo las manos limpias!* Nadie ve la tercera mano que se aleja, arrastrándose dolorosamente sobre los dedos, como un cangrejo pisoteado, dejando un rastro de sangre de su muñeca cercenada.

Pero eso sólo les pasa a los que la han repudiado, los que la han cortado y clavado a una tabla y encerrado en una caja empotrada en la pared o en una caja fuerte. Tiene dedos ligeros, es la mano de un ladrón nocturno; siempre saldrá, nunca se estará quieta. Escribe, y habiendo escrito, se traslada. Avanza, disolviendo, disolviendo fronteras.

Los espacios vacíos le pertenecen, la vocal *o*, las páginas en blanco, el número cero, los animales lobo y topo, la hora antes de nacer y el minuto después de la muerte, el colimbo, el búho, y todas las flores blancas. La tercera mano abre puertas, y las cierra consideradamente al salir. Son las otras dos las que se ocupan de lo que ocurre en la habitación.

La tercera mano es la mano que el mago guarda detrás de la espalda, mientras te enseña las otras dos, cándidas y vacías. *La mano es más rápida que el ojo*, dice. Observa que dice *mano*, en singular. Sólo una, la tercera.

Y cuando caminas por la nieve, en una tormenta, sintiendo frío y luego, inexplicablemente, calor, cuando desciende la noche y el sueño te entumece y sabes que estás perdido, es la tercera mano la que se desliza, confiada, en la tuya, una mano pequeña, la mano de un niño, animándote a seguir.



Escenas de muerte

Quiero incluir primero los rosales. Me gusta simplemente sentarme allí. Anoche había una luciérnaga. ¿Te imaginas?

Dijo que podía curarme. Me lo dijo por teléfono. Me dijo, lo oigo en tu voz. Tienes que meditar sobre la luz tres minutos todos los días, y beber hojas de repollo, las hojas que están pegadas a las exteriores. Échalas en una batidora. Un poco de ajo, también. Mearás verde, pero te curarás. Y sabes, funcionó, una temporada.

Esto no es atractivo. Sé que no lo es, sobre todo el pelo. ¿Qué quiero? Quiero que me hables de cosas normales.

Sé que tengo una pinta horrible. Pero todavía soy yo, aquí dentro. ¿Qué quiero? Quiero que me hables de cosas normales. No, no es verdad. Quiero que me mires a los ojos y me digas, *sé que te estás muriendo*. Pero por el amor de Dios, no me hagas consolarte.

Dije que salgas de aquí, *joder*. Esto no tiene nada que ver con mi actitud, *joder*. ¡Claro que estoy amargada! Sal de aquí o te tiro algo. ¿Dónde está la cuña? Ya sabes que no iba en serio. Dios, qué ganas de tomar una copa. Bueno, ¿y por qué no, eh?

No, no me abraces. Duele.

Quiero ver lo que sale, en la primavera. Malditas ardillas, se comen los bulbos. Dicen que unas bolas de alcanfor las ahuyentan.

Si quieres llorar, hazlo a la vuelta de la esquina, donde ella no te vea.

Es hora de que se vaya usted a casa.

Algo salió mal, no sabemos qué. Creemos que debe usted venir inmediatamente.

—¿No puede hacer algo? ¡No es ella, no es ella! ¡Parece el hombre michelín, toda hinchada, no lo soporto!

—No la molesta, está en coma.

—¡Yo no creo en lo de estar en coma! ¡Lo oye y lo ve todo! Si vas a hablar de *muerte* vamos a la cafetería.

¡Es una crueldad, es una crueldad, nunca va a despertar! ¡No puede volver a entrar en su cuerpo, y si pudiese lo odiaría! ¿No puede alguien desconectar el cable?

Supe que había muerto cuando se rompió el cenicero. Se partió por el medio. Era el que me había dado ella. Sabía que estaba allí mismo. Era su forma de comunicármelo.

Broncas increíbles. *Increíbles*. Nadie montaba broncas como ella. Vulgares a tope. Luego siempre se disculpaba, claro. No hacía falta. Al menos conmigo.

Lo que echo de menos es lo que ella diría. Lo que habría dicho. Ahí está la diferencia: tienes que ponerlo todo en pasado condicional. *Desconsolado*, podríamos decir. Aunque no es una palabra de las suyas —demasiado estirada —. Ésa sí que es una palabra suya.

Fui hasta allá, limpié un poco el jardín. Pero está desapareciendo su imagen exacta. Recuerdo su tono de voz, pero no su voz. Es extraño, cómo sigues hablando con la gente. Es como si te oyesen.

Lo queremos todo

Lo que queremos, naturalmente, es lo de siempre. Los árboles echando hojas, meciéndolas, sacudiéndoselas de encima, el agua batiéndose en los océanos, el trinar de los pájaros, el desenroscarse de las babosas, las lombrices aspirando la tierra. Las zinnias y sus explosiones lentas, impresionantes. Queremos que todo siga y siga, lo mismo todos los años, monótono y asombroso, como si aún estuviésemos portándonos bien, viviendo en tiendas, criando ovejas, rajándoles el cuello para honrar a Dios, negándonos a inventar el plástico. Por el descreimiento y los cuartos de baño se paga un precio. Si las manzanas fueran el único cebo del demonio nuestra alma aún sería nuestra, pero el cabrón incluyó la fontanería interna en el trato y fue nuestra perdición. Ahora usamos gran cantidad de papel diciéndonos unos a otros cómo conservar papel, y el agua del mar se infesta de vasos de café asesinos, y nos preocupamos del sol y sus ambivalentes rayos.

¿Cuándo se desplomará todo? El cielo, quiero decir; nuestras redes informáticas; nuestras intrincadas pretensiones. Fuimos demasiado eficaces, en lo de crecer y multiplicarnos, y ahora hay demasiada respiración. Comemos alimentos peligrosos, nuestra mierda reluce en la oscuridad, las células de nuestros cuerpos se vuelven contra nosotros como tiburones. Todo sistema se autolimita. ¿Nos resolveremos como hacen las ratas? ¿Con las guerras, las plagas, las hambrunas masivas? Estos pensamientos vienen con el desayuno, como el zumo de frutas asesinadas. Tu depresión, amigo mío, es la venganza de las naranjas.

Pero el mundo aún nos parece asombroso, no nos cansa nunca; incluso mientras se encoge, mientras sus muchas luces tiemblan y se extinguen (los tigres, las ranas-leopardo, las aletas submarinas de los delfines), tiemblan y se extinguen, gracias a nosotros, a nosotros, miramos y miramos. ¿Dónde se traza la línea que separa amor y codicia? Nunca lo supimos, siempre quisimos

más. Queremos absorberlo todo, una última vez, queremos comernos el mundo con los ojos.

Mejor que la boca, cariño. Mejor que la boca.

El baile de los leprosos

¿Quién sabe si podría existir tal cosa? Posiblemente los leprosos no bailan, o son incapaces de hacerlo. Por otra parte, posiblemente lo hagan. Alguien debe de saberlo.

En el Baile de los Leprosos, los leprosos no eran de verdad. Es decir, no tenían lepra. Al contrario. Estos leprosos eran sanos, fuertes, y jóvenes. Eran bailarines. Pero simulaban ser leprosos, y como yo siempre creo en las apariencias, creí que eran de verdad.

El simulado, verdadero baile de los leprosos tenía lugar en el escenario. Allí era Navidad. La música era rápida, con trompetas nasales y tambores de dedos ligeros. Pululaba gente en traje medieval. Había mendigos musculosos, damas estilizadas con sombreros puntiagudos y velos colgando, un príncipe majestuoso, una gitana voluptuosa, un bufón ingenioso. Todo lo necesario. Ingredientes de ensueño. Romance listo para llevar.

Entonces se atenuaron las luces, la música se hizo más lenta, y entraron los leprosos. Eran cinco; se agarraban el uno al otro, a diversas partes del cuerpo, porque no veían. Iban cubiertos con unas tiras anchas de tela, enroscadas alrededor del cuerpo y de la cabeza y las manos. No tenían caras, sólo esta tela rotunda.

Parecían momias animadas en una película de terror. Parecían sábanas vivientes. Parecían heridos de guerra. Parecían capullos de insectos. Parecían gente que una vez conociste muy bien y cuyos nombres has olvidado. Parecían tu propia cara en el espejo empañado después de un baño, tu propia cara momentáneamente sin nombre. Parecían afasia. Parecían un anuncio de vendas. Parecían una foto de sadomasoquismo. Parecían algo erótico. Parecían devastados. Parecían una muerte triste, temprana.

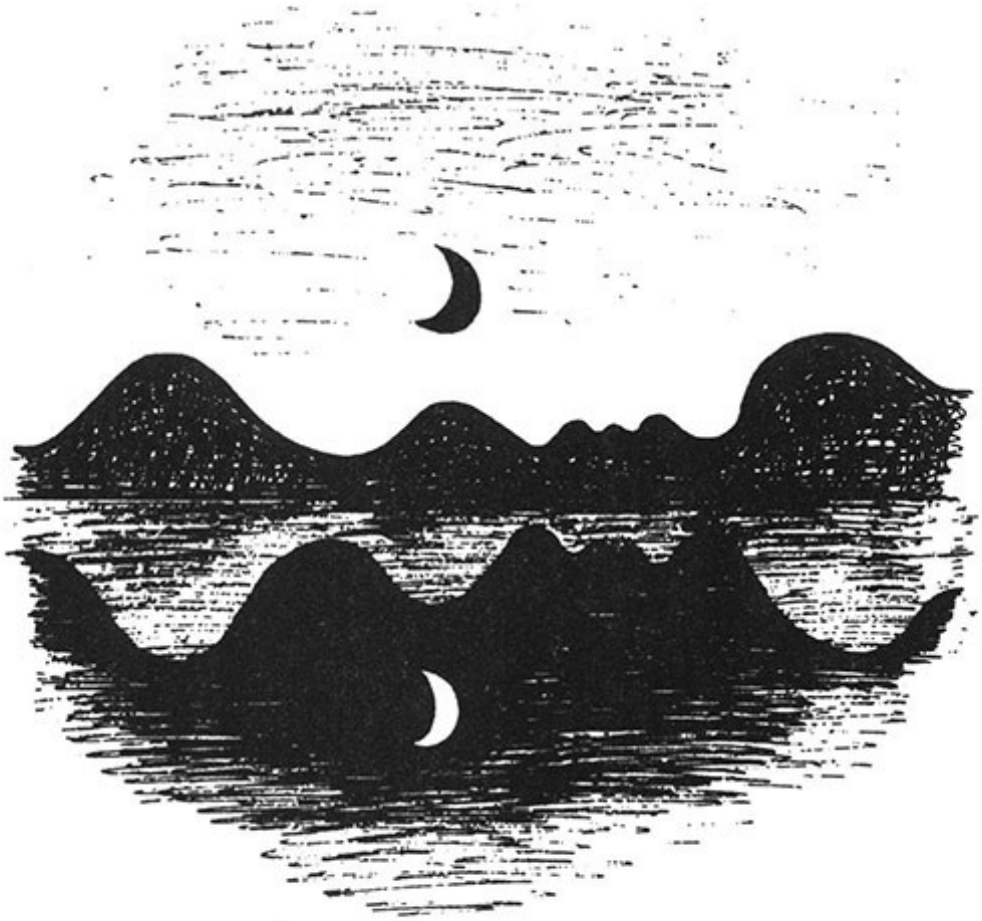
La música al son de la cual bailaban estaba llena de repiques de campanas. De hecho llevaban campanillas, campanillas de hierro, creo

recordar. Eran para avisar a la gente: apártense de los leprosos. O bien: apártense del baile. Bailar puede ser peligroso.

¿Y su baile? Os puedo decir muy poco de él. Una cosa segura: no era baile de claqué. Y también: sin piruetas.

Era un baile de súplica, un baile entumecido, un baile de desesperanza y resignación. Y también: un baile de continuidad, un baile de seguir adelante a pesar de todo, un baile pertinaz. Un baile torpe, impedido. Un baile fluido, grácil. Un baile patoso, desgarbado, infinitamente hábil. Un baile cínico y asqueado, un baile ritual, ingenuo y alegre. Un baile.

Ah, leprosos. Si vosotros podéis bailar, hasta vosotros, ¿por qué no podemos los demás?



Buenos huesos

1.

Tienes buenos huesos, me decían, y yo no hacía caso. ¿Qué me importaban a mí los huesos, en aquel entonces? Me importaba más lo que los cubría. Me importaba más la lujuria, y las espinillas. Los huesos eran telón de fondo.

Ahora empiezan a ocupar el puesto que se merecen, esos huesos. La carne disminuye, dejando paso a la roca viva. Principios estructurales. Lo que hace falta es cuidar la luz, para disimular las arrugas, los accidentes. La sombra adecuada, la cantidad justa de sol, y ves, afloran los huesos, los buenos huesos, los huesos brotan como malvas.

2.

Esos huesos, esos huesos, esos huesos secos…, con sus buenas conexiones; así les cantamos una vez alrededor del fuego de campamento, en aquellos pavoneos jubilosos al son de la Palabra de Dios, o de nuestras propias manos dando palmas. Detrás de cada cara, cada hermoso cuerpo en su camisa de cuadros, suave trasero sentado en duro granito, yo adivinaba el esqueleto del día de difuntos, blanco y unidimensional, una cabeza ósea dibujada en una pizarra; un zombi, un breve *memento mori*, arrastrado a quemar en la hoguera, como un hereje, flanqueado por las antorchas de las bolitas incandescentes de malvavisco que tostábamos al fuego.

Nuestras voces los trataban sin contemplaciones, a esos huesos. Los echábamos a la hoguera, y se incendiaban como mantequilla, se apagaban y quedaban olvidados. *Eres mi sol*, cantábamos, aunque no a ellos. Nos

acurrucábamos, arrimándonos más unos a otros, sintiéndonos como de gelatina, sin huesos.

Hasta aquí la muerte. Hasta ahí la muerte, en esos tiempos, allí.

3.

Esto es el cementerio. Los huesos buenos están aquí dentro, los huesos malos están allá fuera, excluidos de la iglesia, extramuros, sin santificar.

Los huesos malos se portaron mal, quizás debido a la mala sangre, la mala suerte, una mala infancia. En cualquier caso, no trataron bien a sus cuerpos. Los hicieron saltar desde el borde de precipicios, los tiraron desde campanarios. Intentaron volar. Rompieron cosas.

Los huesos buenos descansan cómodamente bajo sus pulcros monumentos. Les damos broches para llevar puestos, anillos, poemas grabados en piedra, urnas de mármol, citas. Rizos de cabello brillante. Han sido respetables y cumplidores, se lo merecen. Eso es lo que dice aquí: la última palabra.

Los huesos malos han sido malos, así que mejor dejarlos sin contar. Mejor dejarlos sin que cuenten. Pero nunca estuvieron contentos, siempre querían más, siempre tenían hambre. Huelen las palabras, las palabras que salen de tu boca, caliente, oliendo a levadura. Quieren unas palabras propias. Volverán.

4.

Ésta es mi amiga, éstos son sus huesos, estas cenizas que esparcimos bajo nuestros tulipanes. Cuando se cayó en la acera la cadera se le hizo añicos. Estaba hueca por dentro, carcomida, como un árbol invadido de hormigas. Harina de huesos.

La llevaron al hospital y fui a verla. Estoy aterrorizada, me dijo, pero hasta resulta interesante. Mis cagadas son blancas, como las cagadas de pájaros. Es el calcio. Me estoy disolviendo, estoy cagando huesos. Supongo que hay cosas peores que convertirse en fertilizante. Hace que crezcan otras cosas.

A las dos nos gustan los jardines.

5.

Hoy hablo con mis huesos como si fueran un perrito. Quiero subir al piso de arriba, les digo. Arriba, arriba, arriba, arrastrando una pierna. ¿El dolor vendrá de los huesos, este dolor esquivo? ¿Quiere decir que va a llover? Muy bien, huesos, muy bien, los animo, preguntándome cómo recompensarlos; si se sientan, se echan, dan la pata, se dan una vuelta, hacen un truco más, una vez más.

Bueno. Llegamos arriba. Muy bien, ¡qué huesos tan buenos!, ¡qué buenos huesos! Seguid tirando.

MARGARET ELEANOR ATWOOD (Ottawa, 18 de noviembre de 1939) es una prolífica poeta, novelista, crítica literaria, profesora y activista política canadiense. Es miembro del organismo de derechos humanos Amnistía Internacional y una de las personas que presiden Bird Life International, en defensa de las aves. En la actualidad divide su tiempo entre Toronto y Pelee Island, en Ontario.

Es la segunda de los tres hijos de Carl Edmund Atwood, zoólogo, y Margaret Dorothy William, nutricionista. Debido a la investigación que llevaba a cabo su padre sobre entomología forestal, Atwood pasó gran parte de su infancia entre el norte de Quebec, Ottawa y Toronto. Pronto se convirtió en una ávida lectora de todo tipo de literatura, desde novelas de misterio, hasta cuentos de los hermanos Grimm, historias sobre Canadá y cómics. Fue al instituto en Leaside, Toronto.

Atwood empezó a escribir a los 16 años. En 1957 inició sus estudios universitarios en la Victoria University de Toronto. Tuvo como profesores a Jay Macpherson y Northrop Frye, que encaminaron su poesía inicial (Double Persephone) hacia el tema de los mitos y los arquetipos. Se graduó en 1961 como licenciada en filología inglesa, con estudios también de francés y filosofía. En 1968, se casó con Jim Polk, de quien se divorció en 1973. Luego, contrajo matrimonio con el novelista Graeme Gibson, con quien se mudó a

Ontario, al norte de Toronto. En 1976 tuvieron a su hija Eleanor Jess Atwood Gibson. Volvió a Toronto en 1980.